

16

María Inés Moraes

Mundos rurales

nuestro tiempo

Libro
de los
Bicentenarios

Presidente de la República

José Mujica

Vicepresidente de la República

Danilo Astori

Comisión del Bicentenario

Presidente ministro Ricardo Ehrlich (MEC), ministro Fernando Lorenzo (MEF), ministro Eleuterio Fernández Huidobro (MDN), ministro Luis Almagro (MRR.EE.), ministro Enrique Pintado (MTO), ministra Liliam Kechichián (MTD), senador Gustavo Penadés, senador José Amorín Batlle diputado Roque Arregui, diputado Iván Posada, Raúl Oxandabarat (Poder Judicial), Dante Turcatti (UDELAR), Rosario Caticha (ANEP), Marcos Carámbula (Congreso de Intendentes), Ricardo Pallares (Academia Nacional de Letras), Ángel Corrales Elhordoy (Instituto Geográfico Militar), Ariadna Islas (Museo Histórico Nacional), Carlos Liscano (Biblioteca Nacional), Alicia Casas de Barrán (Archivo General de la Nación)

Comité de Honor de *Nuestro Tiempo*

Daniel Vidart, Julio César Jauregui, Carlos Maggi, Heber Raviolo

Comité Editor

Hugo Achugar, Alicia Casas de Barrán, Carlos Contrera, Milton Fornaro, Carlos Liscano, Rosario Peyrou, Gonzalo Reboledo

Editor: Milton Fornaro

Editoras de texto: Rosario Peyrou (Jefe) y Omaira Rodríguez

Editor de fotografía: Carlos Contrera

Diseño gráfico: Rodolfo Fuentes / NAO

Corrección: Martha Casal del Rey

Administración

Secretaría ejecutiva de la Comisión del Bicentenario

Gestión de impresión, logística y comercialización:

Dirección Nacional de Impresiones y Publicaciones Oficiales (IMPO)

Nuestro Tiempo es una publicación de la Comisión del Bicentenario, Montevideo, Uruguay, 2013/2014.

ISBN (Nuestro Tiempo) 978-9974-712-00-3

ISBN (Mundos rurales) 978-9974-712-16-4

Las opiniones vertidas en los fascículos son responsabilidad de los autores.

Los editores han realizado todos los esfuerzos por contactar a los titulares de los derechos de las fotografías, ilustraciones y otros materiales publicados en esta serie. Cualquier omisión será corregida en futuras ediciones.

Esta serie de publicaciones utiliza las fuentes tipográficas *Quiroga* y *Libertad* (diseñadas por Fernando Díaz) y *Rambla MVD* (diseñada por Martín Sommaruga). Todas ellas producidas en Uruguay.

Nuestro Tiempo rinde homenaje a los creadores, realizadores, autores y colaboradores de la serie de fascículos Nuestra Tierra (1968-1970)

Impreso en Imprimex S.A. D.L. 361.786
Licitación Abreviada N° 3/13

nuestrotiempo@nuestrotiempo.gub.uy

María Inés Moraes

Mundos rurales





Carlos Contrera

María Inés Moraes es Doctora en Historia Económica por la Universidad Complutense de Madrid. Cumple funciones de docencia e investigación en la Universidad de la República desde 1991, donde ejerce actualmente como Profesora Agregada. Entre sus obras se destacan: *Bella Unión de la estancia tradicional a la agricultura moderna* (Editorial Banda Oriental, 1991), *Las determinantes tecnológicas e institucionales del desempeño ganadero, 1870-1970* (Universidad de la República, 2001) y *La Pradera Perdida. Historia y economía en el agro uruguayo, 1760-1970* (Linardi y Riso, 2008), obra que obtuvo el premio anual de Literatura del Ministerio de Educación y Cultura en el año 2007 en la categoría Ciencias Sociales.

María Inés Moraes

Mundos rurales y paisajes agrarios: una introducción.

Í N D I C E

Mundos rurales y paisajes agrarios: una introducción

Mundos rurales del pasado

Regiones, ecosistemas y paisajes

Dos mundos rurales fundacionales: misioneros y
montevideanos

La crisis de los mundos fundacionales: el furor del cuero

Mundos rurales del siglo xx

Mundos rurales del siglo xxi

Epilogo

Bibliografía

16





Mundos rurales y paisajes agrarios: una introducción

Durante mucho tiempo lo rural ha sido definido de manera pragmática por oposición a lo urbano: la economía, las relaciones sociales, el universo simbólico de quienes viven en el campo constituyen la materia sustantiva del mundo rural. Pero las transformaciones económicas, sociales y culturales de los últimos cuarenta años a escala mundial pusieron en cuestión la dicotomía campo-ciudad como nunca antes. Actualmente la producción rural está integrada a cadenas de valor donde el mayor número de eslabones son urbanos; los capitales que dinamizan la producción agraria provienen de todas partes, incluso del ámbito financiero. En los países de desarrollo avanzado o intermedio la población es predominantemente urbana. Las antiguas relaciones sociales del mundo rural se han visto modificadas de manera radical por los cambios en la esfera del trabajo y por la extensión de los sistemas de educación básica; las

nuevas tecnologías de las comunicaciones y la información han borroneado la frontera cultural entre los habitantes de las urbes y los del campo. Los especialistas discuten si todavía puede hablarse de “lo rural”, y en caso afirmativo, cuál debería ser el contenido del concepto, toda vez que existe consenso en que la dicotomía rural urbano, en caso de sobrevivir, ya no tiene los contenidos que pudo tener durante la mayor parte del siglo XX. El caso uruguayo no es ajeno a este fenómeno.

Durante los últimos cincuenta años la población rural del país no ha cesado de disminuir, hasta ser apenas un 5% del total. Desde hace unas dos décadas recorren el campo uruguayo un conjunto de transformaciones técnicas, económicas y sociales que, aceleradas a partir de 2002, están modificando todos los aspectos estructurales de la vida rural: el uso del suelo, las formas de hacer negocios, las relaciones

laborales, la vivienda, la vida material, las formas de sociabilidad, los hábitos de consumo, los estilos de vida.

Se trata de un proceso veloz. Mientras que a la tecnología del teléfono fijo le llevó cien años cubrir, penosamente, todo el territorio nacional, la tecnología del teléfono móvil se propagó como un rayo en menos de diez años. Cuando la electricidad en los predios ganaderos todavía era un lujo en 1990, el Plan Ceibal puso internet en todas las escuelas rurales, y por lo tanto, en todo el campo, en cinco años. El campo uruguayo ha sido durante las últimas décadas y es todavía, entre los numerosos escenarios del cambio que atraviesa el Uruguay actual, uno de los más vertiginosos.

Este texto ofrece una perspectiva histórica sobre los mundos rurales del pasado y sobre el cambiante mundo rural de hoy. A tono con la discusión sobre el significado de “lo rural”, emplea una herramienta de la historia agraria adecuada para mostrar las diversas “ruralidades” que fueron ocurriendo en el tiempo, donde se privilegia la relación de lo rural con lo agrario. Se propone mostrar que cierta dicotomía tradicional entre lo rural y lo urbano, donde los dos ámbitos son presentados como ajenos e incluso contrapuestos, es en todo caso válida para el siglo XX pero resulta inadecuada para las etapas históricas anteriores, y posiblemente, resulte inadecuada para comprender los cambios actuales.


Esa herramienta elegida es el concepto de *paisajes agrarios*, que entre muchas otras tiene la ventaja de partir de lo sensible, de aquello que se puede captar con los sentidos antes de ser razonado.

La noción de *paisajes agrarios* es un instrumento metodológico empleado por diversas ciencias para organizar *lo que se ve con los ojos* cuando se mira el campo. Lo específico de los paisajes agrarios en relación con otros paisajes humanos es la presencia de la actividad agraria. En términos abstractos, la actividad agraria puede definirse como la acción de las comunidades humanas que tiene como objetivo modificar la evolución natural de un biotopo para producir más biomasa consumible por el hombre. La intervención humana sobre los ecosistemas, en este caso, da lugar a *agro-ecosistemas* que traducen diversas formas de aprovechamiento de los recursos naturales: la agricultura, la ganadería y la silvicultura.

La noción de *paisajes agrarios* nació en la Geografía, en una etapa de la historia intelectual en que todas las ciencias asumían una discontinuidad radical entre naturaleza y cultura. De hecho, durante la mayor parte de la historia en Occidente se pensó a la naturaleza como una entidad separada de la acción humana e incluso contrapuesta a ella. Por lo menos desde el Renacimiento en adelante la naturaleza fue pensada esencialmente como un obstáculo a vencer, si era adversa, o como un reservorio de recursos a explotar, si era pródiga. En todos los casos la naturaleza era un telón de fondo sobre el cual transcurría la historia. Así, a fines del siglo XIX los geógrafos europeos hablaban de *paisajes naturales* para referirse a determinadas conformaciones del territorio, y de *paisajes culturales* para referirse a los resultados de la intervención humana sobre la naturaleza. En la mitad del siglo XX este paralelismo empezó a hacerse borroso; algunos historiadores empezaron a usar el concepto de paisaje natural

como un *artefacto* que reflejaba los modos de vida históricos en un territorio dado, mientras que algunos geógrafos empezaron a pensar que los paisajes naturales tenían carácter evolutivo a consecuencia de la acción humana. De esta confluencia surgió la noción de *paisajes agrarios*, un tipo de paisaje que debe caracterizarse tanto por sus componentes físicos como humanos.¹ Ya a fines del siglo XX, cuando el acercamiento entre las ciencias de la vida y las ciencias del hombre ha perimido la polaridad anterior que contraponía Naturaleza e Historia, se definió a los paisajes agrarios como un *registro de la co-evolución* de las comunidades humanas y los ecosistemas: “Sin intervención antrópica y fines humanos no habría paisajes. Sólo ecosistemas.”²

Por estos motivos el concepto de paisajes agrarios en su versión actual reúne tres ideas centrales: que todo paisaje agrario tiene componentes humanos, que también tiene componentes físicos, y que tiene *historia*.

La metodología de los paisajes agrarios, aunque antigua, es útil para los fines de este texto porque reúne en un mismo concepto diversos ángulos del fenómeno: la dimensión esencialmente humana de los sistemas agrarios, su base real en un ecosistema concreto y su dimensión histórica. En efecto, sembrar cultivos, criar terneros, engordar cerdos, ordeñar vacas, pastorear ovejas, picar leña del monte, cosechar manzanas, son todas actividades ejecutadas con fines humanos, pero que solo pueden hacerse con arreglo a las características de cada ecosistema. Los sistemas agrarios del mundo son una muestra inagotable de la capacidad de los hombres para producir alimentos y abrigo en condiciones físicas completamente diversas. Finalmente, los paisajes agrarios tienen historia: nacen, se desarrollan, entran en crisis, se transforman o se mueren. Tienen arraigo en el espacio y en el tiempo, pero cuando se extinguen dejan huellas muy hondas en el territorio, en los sistemas productivos y en la gente. 

1 La obra de referencia en relación con esta conjunción es: A. Meynier, *Les paysages agraires*, Paris, Armand Colin. 1962. El lector interesado en profundizar en la historia del concepto puede consultar: E. Martínez de Pisón. *Reflexiones sobre el paisaje*. Estudios sobre la historia del paisaje español, N. Ortega, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2002, pp. 13-24.

2 E. Tello, (1999). “La formación histórica de los paisajes mediterráneos: una aproximación coevolutiva.” *Historia agraria* N.º. 19, pp. 195-212.

Guía para reconocer paisajes agrarios

Una forma muy sencilla de caracterizar los paisajes agrarios es a través de sus componentes fundamentales. Según algunos autores, estos componentes son: el territorio, las poblaciones humanas, la morfología del parcelario y el sistema productivo.

El territorio de un paisaje agrario es aquél sobre el cual los miembros de la comunidad ejercen sus derechos legítimos a la explotación de los recursos naturales del caso. De este modo, aunque posee determinadas características geográficas (altitud, latitud, flora, fauna) y agroclimáticas (suelo, clima) que deben ser analizadas con precisión, el territorio de un paisaje agrario no se define por ellas, sino por la cambiante capacidad de los agentes humanos que lo habitan para legitimar su acceso a los recursos que provee. El territorio de un paisaje agrario no estaba ahí: fue construido por la acción de las comunidades; comenzó cuando pudo decirse “nosotros tenemos derecho a esta tierra”, o a estos animales, o estos ríos, bosques, etc. Lejos de agotarse en el modelo de proceso pacífico donde valientes familias pioneras colonizan espacios vacíos, por lo general la construcción del territorio de un paisaje agrario implicó un proceso social violento, donde hubo ganadores y perdedores.

En relación con las poblaciones humanas, los especialistas aconsejan estudiar su tamaño y su distribución en el espacio. Suele referirse a modalidades de ocupación agrupada y dispersa como dos modalidades básicas de distribución espacial de la población rural. La modalidad agrupada es la que se observa cuando las viviendas de las comunidades rurales se emplazan todas juntas formando centros poblados. La modalidad dispersa es la que se observa cuando las viviendas no se agrupan, las casas de las familias campesinas se levantan cada una en su predio, por lo general a buena distancia una de la otra. Estas modalidades no son caprichosas; en general están muy relacionadas con la morfología del parcelario y con el tipo de agricultura, ganadería y silvicultura que se practica en cada paisaje.

La morfología del parcelario es la forma y disposición espacial de las unidades productivas. Se ha observado que tanto el tamaño como el diseño geométrico de los predios rurales, así como su emplazamiento en relación con los ríos y caminos, adoptan patrones característicos en los diversos sistemas agrarios del mundo. Los especialistas europeos hacen una primera distinción entre sistemas de “campos abiertos” y de “campos cerrados”; los primeros fueron característicos en unas cuantas zonas de Europa desde la Edad Media tardía hasta el siglo XIX; los segundos se generalizaron a partir de la crisis de los primeros, que empezó en Inglaterra a fines del siglo XVII y se propagó a ritmos diferentes durante los siguientes doscientos años. Los parcelarios de campos cerrados adoptan a su vez múltiples versiones, según la época y el lugar. En el caso de la historia europea durante mucho tiempo los sistemas agrarios combinaban campos abiertos con campos cerrados.



Por regla general el tamaño de las parcelas, su forma y su disposición formando una cierta retícula es el resultado de la interacción compleja de tres tipos de condicionantes: las características del medioambiente; las relaciones sociales predominantes y las tecnologías agrarias. La morfología define el “esqueleto” del paisaje, puesto que las parcelas y las vías de comunicación que las entrelazan dibujan sus líneas esenciales. También según algunos expertos, la morfología del parcelario suele ser uno de los componentes más estables en la historia de un paisaje agrario concreto; se ha dicho que en la historia de un paisaje es más fácil ver cambiar, por ejemplo, el tamaño de la población o el tipo de animales y plantas, que la forma y disposición del parcelario.

Finalmente, el sistema productivo o sistema agrario incluye la combinación de plantas y animales que son objeto del trabajo humano en un paisaje determinado y las técnicas utilizadas para cumplir tales trabajos. Unos y otros dependen tanto de factores físicos (en el punto de partida el ecosistema pone límites y define posibilidades) como históricos. En términos generales se acepta que en el corto plazo los sistemas agrarios están expuestos a dinámicas de cambio histórico más rápidas que los otros componentes del paisaje; existen numerosos casos de cambios técnicos abruptos derivados, por ejemplo, de la introducción de un cultivo nuevo, que sin embargo no afectan al territorio, la población o la morfología del paisaje. Sin embargo, a menudo la incorporación de un nuevo vegetal o animal, o bien la introducción de una nueva técnica, dispara una secuencia de transformaciones que en el largo plazo acaba por modificar el parcelario, la población y el territorio del paisaje implicado. En otras palabras, el sistema productivo mantiene una armonía básica con el resto de los componentes del paisaje, que en el largo plazo tiende a restablecerse.



Regiones, ecosistemas y paisajes

Las economías americanas del período colonial, igual que las economías europeas en sus etapas pre-industriales, reposaban esencialmente sobre una base agraria. Aunque la minería metálica y el comercio americanos jugaban un papel fundamental para las finanzas reales y para los empresarios involucrados en estas actividades, la base material de la vida la proporcionaba la agropecuaria. El alimento, el vestido, los materiales para la construcción de viviendas y el combustible necesario para vivir, todos provenían de actividades agrícolas, ganaderas y forestales.

En términos muy generales puede decirse que las ciudades dependían de sus entornos agrarios para sobrevivir, en la medida en que la población ocupada en actividades agrarias debía ser capaz de alimentar y abrigar a sus familias y las de quienes se ocupaban en las tareas no agrarias. Tal era el marco de

las relaciones entre lo rural y lo urbano en aquellas economías pre-industriales.

En cumplimiento de esta regla general surgieron y se desarrollaron en el Río de la Plata diversos paisajes agrarios durante el período colonial, que son los antecedentes más remotos de las formas posteriores de vida rural. En el espacio físico localizado al este del río Uruguay y al norte del Río de la Plata nacieron y se desarrollaron durante el período colonial dos paisajes agrarios diferentes pero parecidos, emparentados pero rivales, que supieron tener durante toda su historia una especie de línea divisoria más o menos permeable en el río Negro. De este modo, la matriz de los mundos rurales “uruguayos” (las comillas quieren sugerir que el gentilicio es anacrónico con referencia a las comunidades que allí vivían en el siglo XVIII y XIX y que sólo se lo emplea por comodidad de lenguaje) reconoce un eje norte-sur. En

efecto, es posible identificar un paisaje agrario que se puede identificar como “paisaje pastoril misionero” con adscripción territorial al norte del río Negro, y un paisaje agrario que puede denominarse “paisaje montevideano”, en un área específica localizada al sur de aquel río.

Todo el territorio que luego sería la república uruguaya formaba parte de una de las formaciones de praderas más grandes del mundo, conocido entre los agrónomos como “Pastizales del Río de la Plata”. Este vasto ecosistema de praderas presenta importantes variaciones zonales, cuya versión más notable es la diferencia entre *pampas* (del lado argentino actual) y *campos* (del lado uruguayo actual) así como entre *campos del sur* (al sur del río Negro) y *campos del norte* (al norte del mismo río). Esta diversidad contribuyó a diferenciar los paisajes del territorio rioplatense por encima de sus rasgos en común.

Dos mundos rurales fundacionales: misioneros y montevidianos

De los paisajes agrarios del período colonial el más reconocible por sus caracteres singulares y por su gran tamaño fue el paisaje pastoril misionero. Toda la mitad norte de los territorios del Uruguay actual hasta el río Negro formaba parte del vasto complejo socio-económico de las denominadas “misiones jesuíticas del Paraguay”.

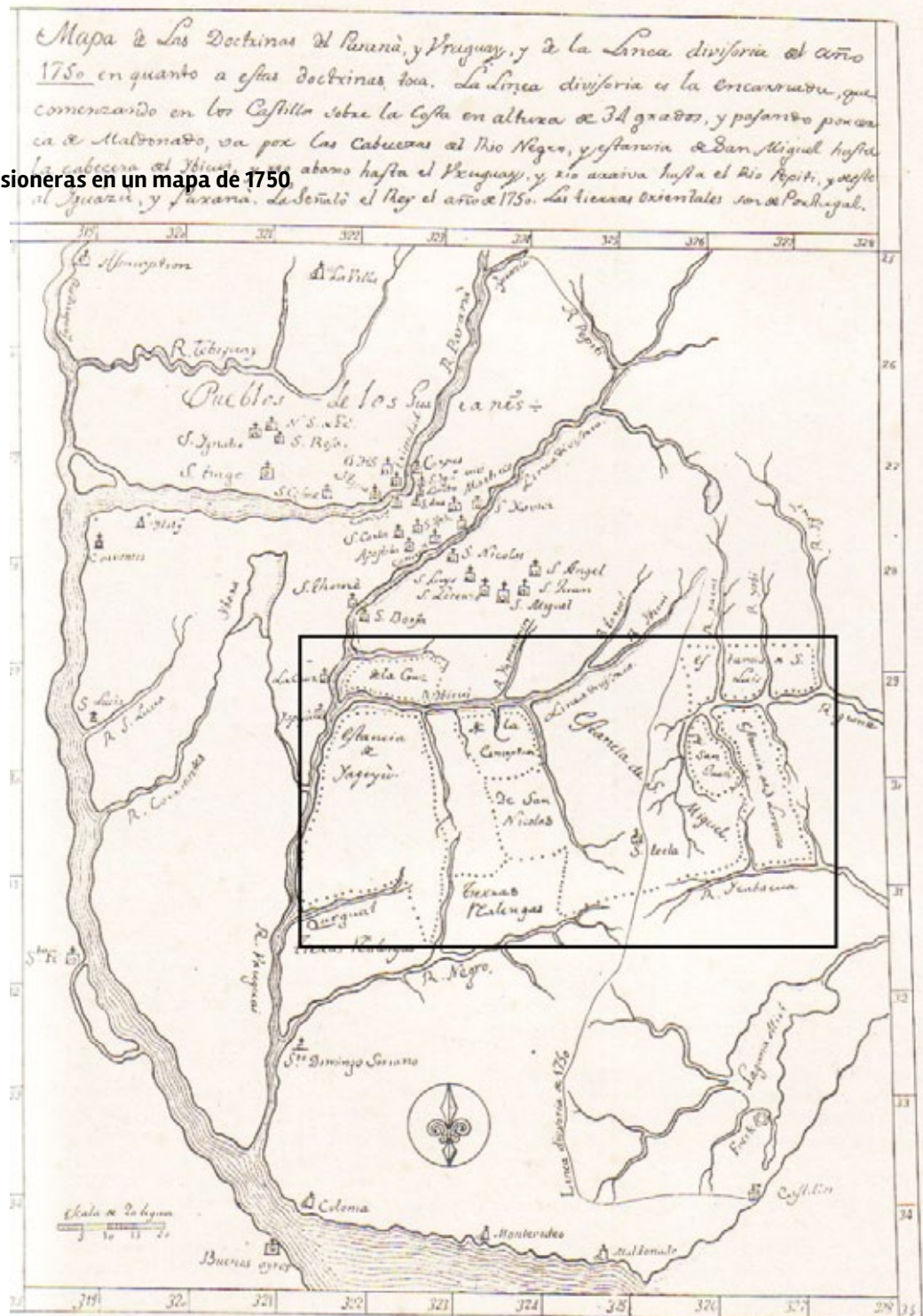
Entre 1607 y 1690, a lo largo de un proceso plagado de avances y retrocesos, los jesuitas lograron fundar en el Alto Plata treinta pueblos de indios, predominantemente guaraníes, que pusieron a vivir bajo un régimen de comunidad de caracteres singulares. En paralelo, fueron construyendo un complejo económico específico para el sustento de estos pueblos.

A comienzos del siglo XVIII el complejo económico de las misiones que los jesuitas llamaban “de la provincia del Paraguay” estaba conformado por tres actividades económicas fundamentales (la producción de yerba mate, de lienzo de algodón y de maderas duras) y una red comercial que volcaba los excedentes de producción afuera del mundo misionero a través de Buenos Aires y Santa Fe. El paisaje pastoril misionero nació para garantizar el aprovisionamiento regular de carne a los habitantes del mundo misionero jesuita. Hasta mitad del siglo XVII las autoridades jesuitas habían recurrido al ganado de la jurisdicción de Corrientes para abastecer de carne a sus crecientes contingentes de indios misionados, por medio de un acuerdo con el cabildo de esa ciudad. Pero diversas circunstancias los llevaron a desplazar su radio de acción ganadera al sur-este y a encomendar a dos pueblos que estaban localizados en el ecosistema de pastizales la producción de carne para el conjunto de las misiones. Estos pueblos fueron el de Yapeyú, en la orilla derecha del río Uruguay, y el de San Miguel, cerca del río Jacuy.

Numerosos pueblos misioneros establecieron estancias en ese territorio; diversos autores han publicado mapas originales o transcripciones modernas de aquellos mapas, que permiten identificar, para algunos momentos precisos del período colonial, la localización de las estancias de Yapeyú, San Miguel, Santo Tomé, San Nicolás, San Borja, etcétera.³

3 Pueden verse reproducciones o transcripciones de estos mapas en G. Furlong, *Cartografía jesuítica del Río de la Plata*, Talleres S. A. Casa Jacobo Peuser, 1936. N. Vadell, *La estancia de Yapeyú: sus orígenes y antecedentes y la existencia de misiones de ese pueblo en la Banda Oriental*, Buenos Aires, 1950. E. Maeder, *Misiones del Paraguay: conflicto y disolución de la sociedad guaraní (1768-1850)*. Madrid, MAPFRE, 1992.

Mapa 1. Estancias misioneras en un mapa de 1750



Tomado de Furlong (1969), pág. 83. Las estancias en el original con líneas punteadas.

Todos ellos permiten establecer que casi la totalidad del territorio al norte del río Negro formaba parte de un espacio económico y social mayor, que gravitaba en torno a las misiones de guaraníes. Las estancias misioneras ocupaban una gran porción territorial. Las más grandes eran las de Yapeyú y San Miguel. Algunas fuentes del período jesuita atribuyen sólo a la estancia de San Miguel una superficie equivalente a unos 2:000.000 de hectáreas, e indican que la estancia de Yapeyú tenía aproximadamente el doble en superficie: comprendía territorios a la izquierda y a la derecha del río Uruguay desde la desembocadura del Ibicuy hasta el río Negro.

La explotación de los recursos pradera y ganado se organizó en estas estancias bajo el régimen de *tupambaé*, es decir, mediante un singular régimen de propiedad y trabajo comunales, que ya había sido desarrollado en las misiones jesuitas para la explotación de los yerbales y para organizar la producción de lienzo de algodón. En el caso concreto del *tupambaé* ganadero, el régimen comunal determinó que ni la tierra ni los ganados fueron distribuidos en propiedad individual; la explotación de ambos recursos quedó bajo la responsabilidad de los cabildos de los pueblos misioneros, y el trabajo era provisto por las familias guaraníes en un régimen de turnos. Se sabe por algunos documentos jesuitas que la presencia de las mujeres y los niños en las estancias era apreciada porque ampliaba la cantidad de mano de obra disponible. Después de la expulsión de los jesuitas en 1768, las estancias de los pueblos misioneros fueron asi-

miladas por los administradores reales a las “tierras de propios” que gozaban los cabildos de las ciudades de españoles en la América Hispana, y por lo tanto conservaron su carácter de propiedad comunal.

Un estudio detallado de la inmensa estancia de Yapeyú en 1768 mostró que estaba organizada en numerosos puestos donde se realizaban tareas de cierta especialización: en unos se criaban bovinos, en otros equinos, en otros mulas y en otros ovinos. El sistema de puestos se completaba con puertos para carga y descarga de bultos, animales y hombres, así como con una dilatada caminería que vinculaba los puestos y puertos más importantes entre sí y con el pueblo propietario.

El sistema ganadero de estas estancias combinaba dos prácticas muy antiguas: el arreo de animales no domesticados, y la cría. La existencia de grandes reservorios de bovinos silvestres en las praderas rioplatenses hizo posible la extracción de estos animales para su posterior amansamiento y recría, es decir, su reproducción bajo control humano. Son famosas las expediciones de los pueblos misioneros hasta la “Vaquería del Mar” para recoger ganado silvestre y arrearlo hasta sus estancias, donde era amansado, engordado y puesto en producción. Cuando estaba pronto para su consumo el ganado manso era enviado a los mataderos de los pueblos misioneros, donde abastecía el elevado consumo de carne de sus habitantes. La carne era repartida a las familias en cantidades y días fijos. Algunos estudios estimaron que los guaraníes de las misiones consumían algo más de cien kilogramos de carne por cabeza y por año.⁴

C. Soares de Lima, *La patria misionera*, 2007. M. I. Moraes, *Dos paisajes agrarios no pampeanos del período colonial: misioneros y montevidianos*, 2012a.

4 J. Sarreal, *Globalization and the guarani: from missions to modernization in the Eighteenth Century*. Department of History. Cambridge, Harvard. Tesis de Doctorado en Historia, 2009. p. 339.

De acuerdo al rendimiento cárnico de una res y a las tasas de extracción usuales en el siglo XVIII en estas regiones, se habría necesitado un rodeo manso de más de un millón de cabezas bovinas por año para abastecer al conjunto de la población misionera en sus etapas de mayor crecimiento demográfico. Así, la ganadería bovina del espacio misionero, lejos de ser un sistema productivo marginal, constituyó el primer sistema de producción de carne fresca a muy gran escala que se conoció en el Río de la Plata. Además de bovinos estas estancias criaban mulas, caballos, bueyes, ovejas e incluso vacas lecheras.⁵

Los pueblos de Yapeyú y de San Miguel tenían caminos trazados hasta los puertos y puestos más importantes de sus estancias; el “camino al Salto Chico” por ejemplo, unía el pueblo de Yapeyú con el puesto de ese nombre (hoy ciudad de Concordia en la República Argentina), hilvanando a su paso varios puestos más. Cruzando el río Uruguay por el Salto Chico podía bajarse, ya del lado oriental, hasta el puesto de Paysandú, el más austral de los puestos yapeyuanos en aquella franja del río. Algunos estudiosos han hecho notar que este ordenamiento territorial, donde se encadenaban puestos sucesivos desde el pueblo principal hasta la periferia de su estancia, define un continuo urbano–rural pautado por una decreciente densidad demográfica.

5 El lector interesado en la ganadería misionera puede consultar: E. Maeder, “La producción ganadera en Misiones en la época post-jesuítica (1768-1810).” *Folia Histórica del Nordeste* 1990, pp. 55-105. R. Carbonell de Masy, *Estrategias de desarrollo rural en los pueblos guaraníes (1609-1767)*. Barcelona, Antoni Bosch, 1992. E. F. Campal. *La cruz y el lazo*. Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1994. M. I. Moraes “Crecimiento del Litoral rioplatense colonial y decadencia de la economía misionera: un análisis desde la ganadería.” *Investigaciones de Historia Económica* 3, 2007. pp. 11-44.

No es fácil estimar la cantidad de población que habitó el paisaje pastoril misionero. Las extensas superficies y los peculiares sistemas de asentamiento rotativo de la población misionera en los puestos de estancia, explican la dificultad para conocer ese dato. Sin embargo, es importante retener el hecho de que el mundo rural misionero formaba parte del mayor complejo demográfico que existió en el Río de la Plata colonial hasta el 1800. En la mitad del siglo XVIII vivían en los treinta pueblos de guaraníes más de 100 mil habitantes de caracteres singulares: una población indígena integrada al mundo colonial pero no mestizada, donde predominaba la etnia guaraní pero cohabitaban otros grupos nativos “guaranizados”. Organizados en pequeñas ciudades de 2.000 a 4.000 habitantes, alfabetizados y rigurosamente encuadrados en una práctica religiosa rigurosa, los indios misioneros eran un grupo cultural (y quizás político) singular entre los habitantes del Río de la Plata. Es muy conocido el peculiar mundo cultural que se gestó en el marco de las misiones jesuíticas, donde tuvieron su lugar el radicalismo militante del cristianismo posterior a la Reforma, la sensibilidad artística e intelectual del Barroco y el pensamiento mítico de los pueblos precolombinos. El mundo rural misionero estaba inserto en este marco general.

Entretanto, a lo largo del siglo XVIII al sur del río Negro nacía y cobraba forma otro mundo rural.

El sur-oeste de los territorios que actualmente son uruguayos siguió siendo durante casi todo el período colonial, desde el punto de vista de la vida rural, una especie de segunda campaña bonaerense. Así lo atestigua la presencia de importantes agentes privados y las órdenes religiosas de Buenos Aires en

la vida rural de esa subregión: acaudalados comerciantes y proveedores del estado colonial poseyeron tierras, haciendas y saladeros en esa “segunda campaña” bonaerense; la mismísima Compañía de Jesús tuvo una de sus grandes estancias en Las Vacas, que luego quedaría en manos de otra orden religiosa asentada en Buenos Aires. No es extraño que hasta el final del período colonial el principal impuesto agrario –los diezmos– de las villas de Santo Domingo Soriano, Víboras y Espinillos fuera rematado en Buenos Aires junto con los diezmos de los seis partidos contiguos a la capital rioplatense: la economía rural de esos territorios estaba muy ligada a los agentes y los mercados de Buenos Aires.

La joven ciudad de Montevideo empezó a crear su propio entorno rural en la década de 1730, siguiendo pautas muy similares a las que habían guiado la conformación de la campaña bonaerense. Es sabido que por su carácter militar se dispuso que Montevideo fuera cerrada por una muralla; fuera de ella comenzaba un ejido para el pastoreo común, y unas “tierras de propios” (del cabildo) que alcanzarían hasta el arroyo Miguelete. Más allá del arroyo Miguelete comenzaba la verdadera campaña de Montevideo, es decir la zona de chacras repartidas a los vecinos fundadores, enclavada en el seno del ecosistema campos del sur.

Es conocido también que cada vecino fundador de Montevideo recibió un predio de chacra, con una superficie aproximada de 200 a 400 hectáreas y un predio de estancia cuya medida básica (o “suerte de estancia”) era de 1992 hectáreas. También recibió animales y semillas en dosis suficientes para comenzar a producir. Un poco al norte de la ciudad, en

torno al arroyo Miguelete, se formó el núcleo más importante de chacras y en dirección este, sobre los arroyos Carrasco, Pando y Solís, el núcleo más antiguo de estancias. A la ciudad se le había adjudicado una jurisdicción con límites precisos; la superficie aproximada del espacio propiamente montevideano rondaba el millón y medio de hectáreas. Pero para poder hacer una apropiación efectiva de estas tierras, los montevideanos, igual que los misioneros, tuvieron que enfrentarse y/o negociar con los grupos indígenas que las recorrían, de modo que sólo después de 1760, cuando fijaron una guardia sobre el arroyo Pintado, pudieron empezar a establecerse de manera definitiva. La ocupación del territorio jurisdiccional se aceleró durante las décadas siguientes.

Las chacras y las estancias definieron la trama básica de la economía agraria de la jurisdicción de Montevideo. Tanto en la zona de chacras como en la de estancias era frecuente que las familias vivieran cada una en su parcela, dando lugar a un patrón disperso de distribución de la población.

Estudios recientes sugieren que se trataba de un mundo rural eminentemente campesino, si por tal cosa se entiende aquél donde las unidades productivas y las unidades domésticas se superponen, y donde la fuente principal de mano de obra del establecimiento rural es la propia familia.⁶ Pero se trataba de un mundo campesino muy distinto del europeo. En efecto, la mano de obra familiar se combinaba con el trabajo esclavo y el asalariado. Un estudio del pe-

6 M. I. Moraes, *El paisaje agrario montevideano en la segunda mitad del siglo XVIII: una caracterización de sus sistemas agrícolas y ganaderos*. III Congreso Latinoamericano de Historia Económica. Bariloche, Argentina, 2012b

Mapa 2. La jurisdicción de Montevideo, sede de otro mundo rural



Fuente: Álvarez Lenzi (1992); pág. s/n; figura 8.

río 1756-1810 mostró que la mitad de las estancias de la jurisdicción montevideana y un cuarto de las chacras, empleaban mano de obra esclava.⁷ Lejos de ser un mundo rural donde el trabajador se encarna en la figura de unos gauchos sin “rey y sin ley”, la economía agraria de la campaña montevideana reposaba en el trabajo familiar, aumentado con el trabajo esclavo y el asalariado, al igual que ocurría en numerosos paisajes agrarios rioplatenses del período.

La actividad fundamental de las unidades productivas montevideanas era la producción de alimentos: cereales, verduras, frutas y ganados para carne. El destino de estos productos era el consumo de los propios hogares rurales, así como el abastecimiento de

los hogares de Montevideo y la tripulación de los numerosos barcos, que sobre todo después de 1778, anclaban en el puerto. La producción de trigo era una actividad importante en la campaña montevideana y se ha mostrado que los rendimientos del cereal eran similares a los de la campaña de Buenos Aires, donde la agricultura triguera tenía un buen desarrollo. Pero el tamaño del mercado montevideano de cereales era mucho menor, porque también lo era la población de Montevideo, y las chacras complementaban su producción con una gran variedad de frutas y hortalizas, que redondeaba una oferta muy completa de alimentos para los habitantes de la jurisdicción de Montevideo.⁸

⁷ El lector interesado en acceder a estos datos cuantitativos con mayor precisión puede consultar: Moraes (2012b), ob. cit.

⁸ El lector interesado en acceder a estos datos cuantitativos con mayor precisión puede consultar: Ibíd.

Las categorías de animales más frecuentes en las estancias del espacio montevideano eran los caballos, los bovinos y los bueyes, en ese orden. En contraste con el sistema ganadero del norte del río Negro (y también con el de Buenos Aires), la ganadería del sur raramente presentaba producción de mulas. De acuerdo a investigaciones recientes la producción ovina estaba presente en un porcentaje muy bajo de estancias, aunque cuando se presentaba en un establecimiento, los rebaños raramente bajaban de las dos mil cabezas. Sin embargo, a lo largo del período colonial la producción bovina fue dejando atrás en importancia económica a los otros rubros ganaderos. A pesar de este proceso de “bovinización” de la ganadería montevideana original, es necesario precisar que durante el período colonial la ganadería de cría de la jurisdicción no llegó a conformar un sistema productivo de gran escala, como el que tenía lugar en el paisaje pastoril misionero, puesto que abastecía un mercado muy modesto.⁹ La jurisdicción de Montevideo tenía posiblemente unos 2.000 habitantes hacia 1760 y unos 20.000 al comenzar el siglo XIX; aunque su crecimiento fue explosivo, su tamaño seguía siendo pequeño en comparación con los cerca de 80.000 habitantes de Buenos Aires y su campaña en ese mismo año y los más de 40.000 de los pueblos misioneros en 1810.¹⁰

Por esta razón, no es realista pensar que la campaña montevideana tuviera un rodeo de cría de dimensiones fabulosas: hay indicios de que poco más

9 El lector interesado en acceder a estos datos cuantitativos con mayor precisión puede consultar: *Ibíd.*

10 R. Pollero y C. Vicario. Una puesta al día en la cuantificación de la región platense. 5^{as} Jornadas de Historia Económica, Montevideo, Asociación Uruguaya de Historia Económica, 2011.

de 100.000 cabezas de ganado manso eran suficientes para alimentar a toda la población.¹¹ La práctica de no herrar las crías y permitirles que volvieran a su estado salvaje, que tanto escandalizó a oficiales de gobierno y visitantes extranjeros en la época, era la forma más común de nivelar las (altas) tasas de procreo con las (bajas) tasas de extracción.

Si bien compartían algunos rasgos en común, los mundos rurales del norte y del sur del río Negro eran esencialmente diferentes. En ambos paisajes la actividad ganadera ocupaba un lugar central, pero mientras que en el sur la explotación del ganado se hacía en un régimen de propiedad individual y trabajo familiar combinado con trabajo asalariado y esclavo, en el norte se hacía en un régimen de propiedad, trabajo y reparto comunales. En ambos casos la cría de ganados mansos se recostaba fuertemente en la disponibilidad de ganados silvestres que ocasionalmente eran arriados hasta las estancias de pastoreo para formar planteles mansos. Aunque muchos observadores de la época creyeron ver en este sistema un síntoma de atraso, esta forma de combinar el arreo con la cría de ganado era el resultado natural de una dotación animal que superaba con creces las necesidades humanas; o dicho de otro modo, de una dotación de recursos donde los hombres eran muy escasos en relación al ganado y a los pastos. La centralidad de la ganadería no excluyó la presencia de la agricultura en ninguno de los dos paisajes, pero le dio lugares diferentes. En las estancias misioneras se practicaba algún cultivo apenas para el man-

11 M. I. Moraes. *El paisaje agrario montevideano en la segunda mitad del siglo XVIII: una caracterización de sus sistemas agrícolas y ganaderos*. III Congreso Latinoamericano de Historia Económica, Bariloche, Argentina, 2012b.

tenimiento de las familias de indios “estancieros”, puesto que el consumo de alimentos vegetales de los habitantes de cada pueblo misionero se abastecía con el producto de las parcelas familiares que rodeaban a cada uno de ellos. En cambio en la campaña montevideana se desarrolló un sector productor de cereales, frutas y verduras que además de abastecer el autoconsumo satisfacía la demanda de la ciudad de Montevideo.

Desde el punto de vista de su función económica, el paisaje misionero apuntaba hacia el norte, en dirección al conglomerado demográfico, económico y cultural de las misiones: de allí provenían los recursos humanos que controlaban los pastos y los animales, hacia allí iba el producto final: los animales listos para ser faenados. De allí provenía también la lengua que dio nombre a ríos, arroyos, rinconadas, y pasos de los ríos a lo largo y a lo ancho de todo lo que hoy es la mitad norte del Uruguay. Desde el punto de vista de su función económica el paisaje montevidiano le daba la espalda al misionero: no compartía con aquel sus recursos humanos, no necesitaba ni podía controlar las tierras y los ganados al norte del río Negro, y orientaba sus producciones a mercados emplazados allí mismo, con intercambios apenas puntuales entre los principales centros demográficos del sur del Río de la Plata en coyunturas de guerra o de crisis agroclimática. Durante buena parte del período colonial los mundos rurales del norte y del sur fueron dos mundos totalmente autónomos uno del otro, si bien nunca aislados, hasta que a partir de 1780 el auge de la producción de cueros bovinos para exportación vino a cambiar el panorama original.

La crisis de los mundos fundacionales: el furor del cuero

A partir de 1760 se produjo en el Río de la Plata un incremento de las exportaciones de cueros bovinos hacia los mercados europeos. Si bien esta actividad tenía extensos antecedentes anteriores y había crecido de manera paulatina a todo lo largo del siglo XVIII, en los últimos cuarenta años del siglo XVIII experimentó un salto en las cantidades exportadas. Fue entonces cuando cobró forma una nueva economía del cuero, de rasgos febriles y tempestuosos, que recorrió como un rayo los mundos rurales al sur y al norte del río Negro.¹²

El pueblo de Yapeyú fue uno de los primeros y más importantes actores que se lanzó a la actividad corambarrera con autorización legal a partir de 1772, y aunque a partir de 1784 enfrentó restricciones para continuar con sus actividades, el espacio misionero fue asiento de una intensa actividad productora de cueros durante el resto del período colonial. Los otros pueblos misioneros que tenían estancia en la mitad norte del Uruguay actual también se lanzaron a hacer cueros para enviarlos a los puertos: todos los pueblos misioneros habían tenido históricamente acceso legal a los ganados cimarrones que pastaban en sus estancias, puesto que se les había reconocido que tales animales eran descendencia de rodeos mansos introducidos por los jesuitas en el primer cuarto del siglo XVII. Con las nuevas oportunidades creadas para este negocio a partir de 1778 a los responsables de

12 El lector interesado en los detalles cuantitativos del fenómeno puede consultar: M. I. Moraes y N. Stalla, “Antes y después de 1810: escenarios en la historia de las exportaciones rioplatenses de cueros desde 1760 hasta 1860”, Sociedad Española de Historia Agraria, 2012.

la gestión económica de las ex misiones jesuitas se les abrió la posibilidad súbita de hacer rentable un recurso que poseían en abundancia, y no la dejaron pasar.¹³

Al sur del río Negro, donde también abundaban los ganados cimarrones, la actividad corambra re-crudeció por la acción de nuevos agentes. Allí no fueron los cabildos de las villas o ciudades los que se lanzaron de manera masiva a la actividad, sino los agentes particulares. En la jurisdicción de Montevideo se dio un fenómeno singular: unos cuantos empresarios que habían hecho fortuna con el comercio de ultramar y los negocios con el Estado, así como altos cuadros de la burocracia local, se apropiaron de grandes extensiones de tierras realengas de la jurisdicción montevideana para desde allí explotar el ganado cimarrón. Un testigo de la época los llamó “hacendados de puro nombre”, porque raramente practicaban la cría y sostenían verdaderas empresas agrarias: su negocio principal era mantener un equipo de hombres capaces de “vaquear” en un radio de acción que por lo general excedía generosamente el de su estancia, para ingresar al puerto de Montevideo cuantos cueros fueran posibles. Después de 1780 algunos de los más poderosos de estos nuevos hacendados habían empezado a reclamar como suyas, mediante el sistema de “denuncias”, las tierras colindantes al espacio misionero, y enseguida, las que pertenecían a aquél espacio. Aunque los hacendados montevidianos no dudaron en presentar esta avanzada como un esforzado gesto de colonización del desierto, ni aquel

territorio era un desierto ni es evidente que los latifundios obtenidos por “denuncias” de tierras –que en su gran mayoría no llegaron a ser confirmadas– fueran otra cosa que “aparatos de estancia” como los llamó un testigo. En otras palabras, no es evidente que estas propiedades teóricas, de bases legales inciertas, donde la actividad era esporádica y basada en la faena de corambre, se hubieran convertido efectivamente en unidades productivas reales y en focos de asentamiento de población. Lo que sí es evidente es que esta re-apropiación de los recursos, consumada o intentada, puso bajo presión las apropiaciones anteriores y generó una gama de conflictos entre estos dos mundos rurales por el control de los ganados y la tierra, que estaba a flor de piel cuando estalló la Revolución de Mayo. En la década de 1790 más de la mitad de los cueros ingresados al puerto de Montevideo eran cueros “orejanos”, es decir, que habían sido obtenidos de ganados sin dueño.

El mundo rural misionero fue el gran perjudicado por el furor del cuero. Por un lado, la ganadería de cría decayó, la diversificación de rubros ganaderos se redujo hasta la eventual desaparición de todo otro rubro que no fueran los caballos, y las estancias misioneras ingresaron en un estado de desorganización generalizada. Por otro lado, desde el tratado de San Ildefonso de 1777 había recrudescido la penetración informal de agentes lusitanos al territorio castellano con el objetivo de arrear animales y hacer faenas de cuero de manera ilegal. La penetración del territorio misionero por parte de los portugueses corrió en paralelo con la penetración de individuos de Buenos Aires, de Montevideo, de las villas entrerrianas y de Corrientes que empezaron a aposentarse –con y sin permiso del pueblo de Yapeyú– en su estancia sobre

13 Puede verse un análisis detallado del fenómeno en Julia Sarreal, “Disorder, Wild Cattle, and a New Role for the Missions: The Banda Oriental, 1776–1786”, *The Americas* v. 67, 2011, pp. 517-545.



ambos márgenes del río Uruguay. Con esta situación se veía cada vez más desdibujado el carácter comunal de los derechos a explotar estos recursos que había caracterizado al mundo rural misionero. La debilidad de Yapeyú para controlar sus recursos se aprecia también en el litigio que el cabildo de Montevideo –controlado entonces por el grupo más agresivo de hacendados “denunciantes” de tierras fuera de la jurisdicción– entabló a partir de 1782 al cabildo yapeyuano reclamando para sí los ganados cimarrones que pastaban entre los ríos Yí y Negro. Finalmente, en 1801 los siete pueblos misioneros localizados en la ribera oriental del río Uruguay cayeron bajo el poder militar portugués. Las estancias de los siete pueblos, es decir la mayor parte de los territorios al norte del río Negro, estaban al comenzar el siglo XIX por la vía de los hechos bajo control portugués.¹⁴ Los pueblos

misioneros perdieron, mediante todos estos procesos, control sobre lo que habían sido sus ganados y sus pastizales, de modo que el paisaje pastoril misionero inició así su declive final, que puede considerarse cumplido cuando la invasión militar portuguesa de 1816, arrasó con los pueblos misioneros del margen occidental y consagró, de ese modo, la imposibilidad de que el conglomerado como un todo reclamase sus derechos de propiedad perdidos sobre su antiguo espacio ganadero. Aunque diversas historiografías han querido mostrar la decadencia de la ganadería misionera como un fenómeno endógeno al esquema comunal, es indudable que a partir de 1780 diversos agentes de variada fortaleza se arrojaron sobre unos ganados cimarrones y unas rinconadas de tierra que hasta entonces no habían sido objeto de codicia. En la contienda se enfrentaron mucho más que dos mundos rurales: la economía agraria de exportación atlántica se preparaba a ganarle la batalla a las economías agrarias mercado-internistas del pasado colonial.

14 Véase al respecto A. Frega, (2011). Historia regional e independencia de la Banda Oriental del Uruguay, en *Configuraciones estatales, regiones y sociedades locales, siglos XIX-XX*. J. C. Garavaglia and C. Contente, Barcelona, Edicions Bellatera, pp. 29-56.



Mundos rurales del siglo xx

Entre la disolución del orden colonial a partir de 1810 y el final de la Guerra Grande en 1851 los paisajes agrarios antiguos estuvieron expuestos a numerosos cambios. Pero el final definitivo de los mundos rurales de raíz colonial sobrevino como resultado de la *modernización rural*.

La *modernización rural* es el nombre con el que se conoce un intenso proceso de cambios tecnológicos e institucionales ocurrido aproximadamente entre 1860 y 1914, por el cual fue modificado el tamaño y la distribución espacial de la población rural, se transformaron las economías agrarias pre-existentes y nacieron nuevos mundos rurales. La modernización rural definió nuevos modos de uso de los recursos naturales y nuevas relaciones sociales acordes con estos.

El cambio tuvo dos dimensiones. Por un lado fue un proceso tecnológico caracterizado por la introducción

de un conjunto de innovaciones, que permitió llevar la productividad de la pradera natural al máximo de su potencial. Esto se logró: con la reincorporación del ovino al rodeo de las estancias en una escala mucho mayor a la conocida en las etapas previas de la historia rural; con el alambramiento de los campos y con el mejoramiento genético de bovinos y ovinos. Como resultado se pudo obtener mayor cantidad de productos y más calidad de producción (carne para frigoríficos y lana para la industria textil) por unidad de superficie. En la primera década del siglo XX todos estos procesos ya habían alcanzado su madurez; el resto del siglo XX transcurrió sobre unas bases tecnológicas que habían sido instaladas a fines del siglo XIX.

Por otro lado la modernización constituyó una transformación institucional radical, que consagró y, especialmente garantizó de manera efectiva, los de-

rechos individuales de propiedad sobre los recursos de la economía agraria. Así fue posible la generalización, en consecuencia, de las relaciones socioeconómicas capitalistas en la economía rural. Recién a partir de este proceso puede hablarse de una economía agraria de carácter nacional. La modernización eliminó viejos circuitos comerciales de alcance regional y creó un mercado nacional de bienes agrarios, cuya característica central durante el resto del siglo XX fue su conexión con un único centro neurálgico que pasó a ser Montevideo, desde donde se conectaba la oferta nacional con una tonificada demanda mundial de materias primas y alimentos.

Es posible identificar unos paisajes ganaderos que el uruguayo de mediana edad reconocería como típico del campo uruguayo: esencialmente se trata de una retícula de grandes y medianas estancias “mixtas” donde se combinan, en proporciones variadas según las condiciones de suelo y humedad, la producción de bovinos y ovinos de razas inglesas y australianas. La base de la alimentación del ganado en este paisaje era el campo natural y la población trabajadora de estos establecimientos estaba formada por un puñado de hombres que vivía en cada establecimiento. Mucha tierra, pocos animales, muy poca gente. Si bien con diferencias regionales, esta morfología podía encontrarse en todo el territorio del país, lo que dio lugar a la noción de que el campo uruguayo era esencialmente homogéneo. La estancia preponderantemente ovina se explayó en las zonas de suelos más superficiales y veranos calientes y secos; mientras que la estancia orientada al engorde bovino ocupó las zonas de suelos más profundos y fértiles, de lluvias bien distribuidas en el curso del año.

Si los paisajes del período anterior miraban uno al norte y otro al sur, en el siglo XX los diversos paisajes orientados a la producción de carne y lana se articularon en un complejo productor que centralizaba sus mercados en Montevideo. En efecto, a la capital confluían los novillos gordos y la lana sucia; desde donde se las ingeniaban –a veces con dificultad– para abastecer a las demandas del consumo interno y la exportación. Un subsector de producción lechera de características diferentes se arraigó en el sur y sur-oeste del país para abastecer sobre todo al mercado montevideano. Allí los predios eran menores, la ganadería más intensiva y no eran infrecuentes las explotaciones llevadas adelante por un jefe de hogar y su familia.

La estructura social característica de estos paisajes ganaderos es la que tiene en la cúspide la figura de un estanciero que hace un uso extensivo de los recursos naturales, con escasa inversión en pasturas, aguadas y tecnología, baja productividad, y que basa sus ganancias en poseer mucha tierra. Puede identificarse como el tipo empresarial predominante en la primera mitad del siglo XX, ubicado principalmente en los departamentos del centro, norte y noreste del país, donde predomina el basalto superficial. En la segunda mitad del siglo cobró mayor importancia un empresario agrícola-ganadero menos esquivo de la innovación tecnológica y dispuesto a combinar la producción ganadera con la agricultura protegida, localizado predominantemente en el sur y el litoral oeste del país, donde se encuentran las tierras de mejores aptitudes agrícolas. En la base de la sociedad ganadera se ubican las diversas categorías de asalariados: los peones, los capataces, los puesteros, administradores y aún los cuadros técnicos de los

establecimientos más complejos. Estos trabajadores pueden ser clasificados en trabajadores permanentes o zafrales según su vinculación con el establecimiento sea estable o eventual.¹⁵

En el siglo XX la agricultura se divorció de la producción pastoril y se confinó a ciertas franjas del sur y sur-oeste del país, donde además de condiciones medioambientales favorables se encuentran las concentraciones de población que garantizan un mercado regular. El paisaje agrícola típico del siglo XX estaba formado por una retícula de pequeñas y medianas propiedades localizadas en los cinturones de las ciudades del interior y del área metropolitana.

Cerca de Montevideo se hizo más denso un cinturón de pequeña y mediana propiedad agrícola y hortícola; con el paso de las décadas la antigua campaña montevideana resultó chica para albergar a trigueros, maiceros, quinteros y viticultores; en algunas zonas –como Canelones– tuvo lugar un proceso de subdivisión de propiedades que en la segunda mitad del siglo llevó el tamaño mínimo a escalas en algunos casos minifundiarias. Los establecimientos agrícolas más modestos no abandonaron de manera definitiva el empleo de la mano de obra familiar y se articularon a la economía capitalista con diversos niveles de subordinación.

15 Piñeiro y Moraes (2008).



Ganadería y agricultura en el siglo XX

En el largo plazo puede decirse que la ganadería ha sido la actividad preponderante del sector agrario uruguayo. Ha sido así por razones ecosistémicas (el territorio que hoy es Uruguay posee condiciones óptimas para el pastoreo a campo natural) pero también por razones técnicas y económicas. Detrás del dominio ganadero de largo plazo, se esconden sin embargo diferentes ganaderías y agriculturas.

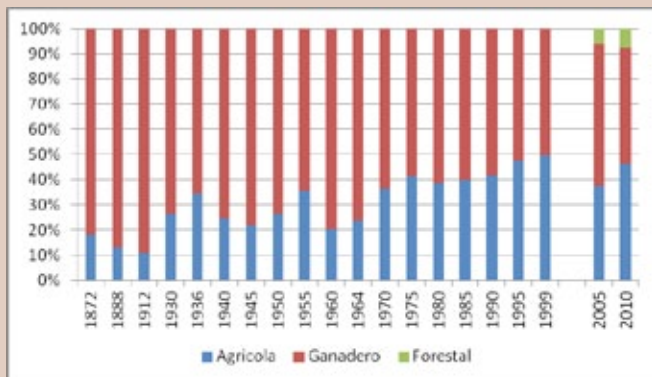
Antes del siglo XX, en los territorios al sur del Uruguay actual y hasta la aparición del saladero, la ganadería de cría enfrentaba mercados muy modestos. La población era demasiado escasa para dar lugar a sistemas de cría de gran escala, y solo cuando fue posible regularizar un flujo exportador de carnes con cierto grado de procesamiento (el tasajo) la ganadería de cría se estabilizó y empezó el declive de la ganadería cimarrona. Hasta entonces habían convivido ambos sistemas ganaderos: el que criaba animales mansos para el consumo de carne y el que simplemente mataba animales cimarrones para extraerles el cuero. No necesariamente los estancieros que hacían cría eran “chicos” y los otros “grandes”; más bien, los primeros solían ser antiguos dueños de estancias y de chacras de la campaña montevideana, con arraigo en el negocio de la producción agraria como un todo, mientras que los segundos eran a menudo grandes comerciantes y empresarios urbanos que habían entrado al negocio agropecuario para tomar partido de la oportunidad que ofreció el negocio de los cueros obtenidos del ganado cimarrón. En la misma época la producción de cereales y otros alimentos vegetales era una

actividad de primera importancia económica. Los mercados agrícolas del período colonial estaban mejor organizados, supervisados y por cierto fiscalizados, que los mercados de la ganadería, incluso de aquella que producía cueros. Fue la interrupción política, económica, institucional e incluso geográfica de la coyuntura de 1810–1830 lo que vino a cambiar esta situación.

Las guerras de independencia, la libertad de vientres y la abolición de la esclavitud, así como el completo desorden de las viejas instituciones y mercados coloniales, casi aniquilaron por completo a la agricultura. La ganadería –que soporta mejor las guerras y la escasez de mano de obra– al principio sobrevivió y en algunas coyunturas incluso amagó crecer, pero en la mitad del siglo XIX, tras más de diez años de guerra continua, estaba exhausta.

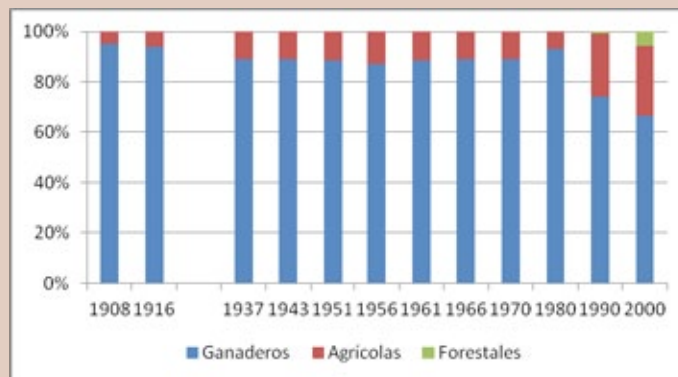
Producida la recuperación de los años de 1850, la ovinización de la década de 1860 y el inicio de las reformas institucionales rurales en 1870, la modernización produjo un sector agrario de neto predominio ganadero. Se trataba de una ganadería muy diferente de la anterior: producía carne y lana de calidad, con destino a los mercados de exportación, además de abastecer el consumo local. Como muestra el gráfico A, el producto de la ganadería contribuyó en más de la mitad al total del producto agropecuario hasta fines del siglo XX. La agricultura fue durante la mayor parte de ese siglo una actividad modesta y numerosos sectores de opinión política e intelectual coincidieron en el diagnóstico de una agricultura acorralada por el avance de la ganadería.

Gráfico A. Composición del valor agregado bruto de la producción agropecuaria del Uruguay (en porcentajes)



Fuentes: 1872–1936: Calculado en base a los datos de Bértola, L. et al; El PBI...etc. 1940–1964: Calculado en base a datos de OPYPA; Situación económica...etc. 1965–2010: Calculado en base a censos agropecuarios y Anuarios Estadísticos de DIEA.

Gráfico B. Superficie agropecuaria por rubro de actividad de los predios, en porcentajes



Fuente: 1908–1943: Anuarios estadísticos y diversos informes del Ministerio de Ganadería y Agricultura. 1951–2000: Censos agropecuarios.

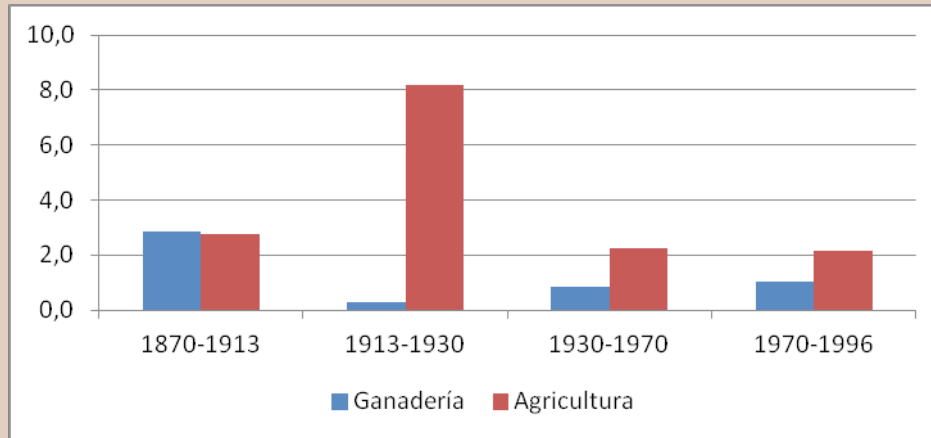
El uso del suelo, en efecto, muestra una situación mucho más estable y confirma la noción de un acusado predominio ganadero como un rasgo estructural de la economía agraria uruguaya.

La agricultura del siglo XX enfrentó, en efecto, numerosas dificultades para su desarrollo, entre las cuales no fueron menores las condiciones de la tecnología de la época y el contexto económico para una actividad plagada de incertidumbres. Aún así, su desempeño no fue estático: como puede verse en los gráficos, su contribución al valor total de la producción agraria fue muy fluctuante hasta 1970 y tendió a crecer desde 1970 hasta el final del siglo, aun cuando su participación en uso del suelo era muy baja. Tampoco careció siempre la agricultura del siglo XX de políticas públicas que

alentaran su desarrollo: aproximadamente entre 1930 y 1960 un considerable conjunto de dispositivos crediticios, fiscales, de intermediación y hasta de colonización agrícola buscaron promover nuevos cultivos y afianzar los viejos.

La ganadería de la carne y la lana, por su lado, dio mucho y prometió más al comenzar el siglo pero se enfrentó muy pronto a un estancamiento tecnológico que la mantuvo en niveles muy bajos de crecimiento hasta la década de 1990.

Cuadro A. Tasas de crecimiento del sector ganadero y del sector agrícola en períodos seleccionados



Fuente: Moraes y Piñeiro 2008.

El Cuadro A muestra que desde 1913 en adelante la agricultura tuvo tasas de crecimiento mayores que las del sector ganadero. En otras palabras, pese a su condición de moderna la ganadería que “acorraló” a la agricultura fue durante dos tercios del siglo una actividad de muy baja dinámi-

ca, y a su vez la agricultura, que frecuentemente fue vista como la Cenicienta del sector, mostró –si bien en sus propios términos– ser un sector muy dinámico.

Además de las grandes superficies ganaderas y las modestas propiedades agrícolas, algunos ensayos de colonización con inmigrantes centroeuropeos, rusos y mediterráneos resultaron exitosos y dieron lugar a paisajes de tipo granjero. Basados en la mediana propiedad, en algunos casos orientados a la producción agrícola, en otros a la producción lechera y en muchos a formas combinadas de producción intensiva, el mundo rural de las colonias de inmigrantes incorporó tradiciones y formas de organización productiva y social diferentes de las más antiguas. Aunque constituyó un mundo rural poco estudiado en comparación a los anteriormente mencionados, puede decirse con razonable certeza que constituyeron espacios diferenciales en un contexto de creciente homogeneidad.

Por otro lado, a partir de la década de 1930 y, con altibajos, durante el resto del siglo diversas y accidentadas intervenciones estatales buscaron diversificar la agricultura tradicional basada en el trigo, el maíz, las frutas, verduras y viñas. La introducción de la energía fósil en la agricultura, hacia la mitad del siglo XX, se sumó a estas políticas como un factor adicional que facilitó el desarrollo de nuevos cultivos industriales y de formas empresariales de producción agraria muy intensivas en capital. Nacieron entonces nuevos paisajes agrarios acotados a condiciones medioambientales muy específicas, a veces efímeros y siempre conflictivos, en numerosos puntos del país donde el arroz, la caña de azúcar, la remolacha o el algodón constituían novedades que propiciaban el nacimiento de nuevas técnicas productivas, nuevas formas de propiedad del capital y nuevas formas de trabajo. En estos experimentos más o menos acotados, algunos de los cuales encontraron un cauce

histórico y hasta hoy sobreviven –no sin accidentes– (como el paisaje del arroz y el de la caña de azúcar), fue una nota distintiva la generalizada utilización de insumos y equipos de origen industrial. En este contexto surgió un asalariado rural de nuevo tipo que no existía en el mundo de las chacras agrícolas de la antigua campaña montevideana ni en el de las estancias ganaderas.

Este mosaico de paisajes agrarios se articuló sobre el telón de fondo de una “des-ruralización” que ha sido el correlato de la temprana urbanización del país. Los nuevos paisajes agrarios, de carácter nacional y moderno, nacieron sometidos a un proceso de lenta disminución del tamaño de la población rural con relación al mundo urbano, que habría de prolongarse hasta nuestros días. El empuje modernizador de fines del siglo XIX redujo al mínimo el segmento campesino que había tenido la sociedad rural precedente. En paralelo, la expansión del ferrocarril “eliminó” algunas poblaciones antiguas pero sobre todo hizo surgir unas cuantas ciudades pequeñas en el interior. En las primeras décadas del siglo XX cobró forma un patrón de fijación de la población nacional en centros urbanos de tamaño modesto, con tendencia a concentrarse en las zonas sur y suroeste del país.¹⁶ Diversos factores confluyeron para que durante las décadas siguientes se afianzara un proceso de migración campo-ciudad que tuvo marchas y contramarchas, pero que nunca se detuvo. Lamentablemente la ausencia de censos de entre 1908 y 1963 no permite fijar con precisión el momento en que la población rural, que al comenzar el siglo XX era la abrumadora mayoría de la población total, fue

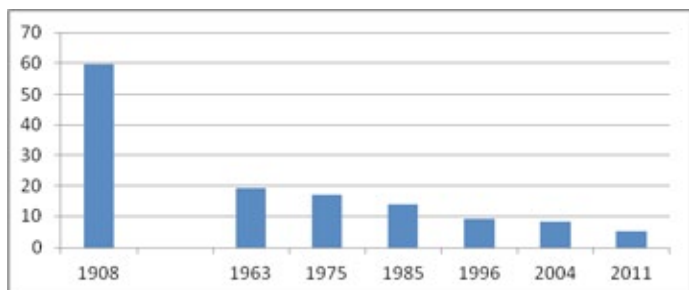
16 J. Rial y J. Klaczko, *Uruguay: el país urbano*. Banda Oriental, 1981.





numéricamente superada por la población urbana. El gráfico 1 muestra los datos disponibles del proceso.

Gráfico 1. Porcentaje de la población rural sobre el total de la población del Uruguay en años censales



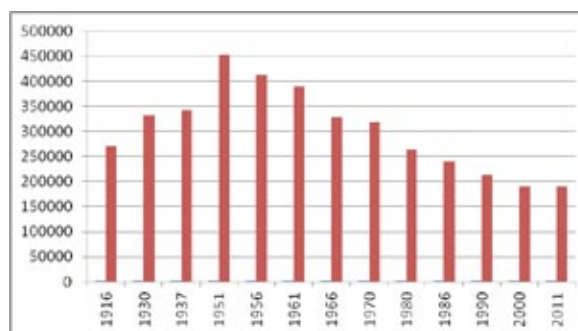
Fuente: elaboración propia en base a: censo de 1908 según Rial y Klaczko (1980) y censos restantes según INE. Desde 1963 en los censos de población se contabiliza como población rural aquella que no vive en centros poblados urbanos, con acuerdo a los criterios definidos en la Ley de Centros Poblados de 1946.

La des-ruralización de la población total no significó una caída permanente de la población rural en términos absolutos. Los censos agropecuarios, que contabilizan como población rural a los habitantes de los establecimientos agropecuarios, dan un pantallazo general de la dinámica del proceso. El gráfico 2 muestra que en términos absolutos la población rural aumentó durante la primera mitad del siglo XX y decreció en la segunda. El máximo de la población rural (1951) coincide con una etapa de expansión agrícola en el contexto de diversas políticas que estimulaban la diversificación de la producción agraria, y como se verá más adelante, con un alto número de predios menores de 100 hectáreas. Sin embargo, es notorio que a partir de 1951 una disminución sin pausa de la población rural vino a acelerar un

proceso de urbanización del país que ya estaba avanzado. El saldo final al comenzar el siglo XXI es una población rural exigua, tanto en términos absolutos como relativos.

Las condiciones de vida de los habitantes de los diversos mundos rurales del siglo XX fueron muy diversas entre sí y en el tiempo. En líneas generales puede decirse que en aquella centuria la población rural no fue alcanzada de la misma forma que la población urbana por las mejoras en el bienestar que acompañaron los ciclos expansivos de la economía nacional. El primer estudio que pudo proveer una identificación adecuada de la pobreza rural basada en información empírica data recién de 1962. Allí se identificaron dos grandes “bolsones” de pobreza rural: las familias de los trabajadores rurales asentadas en los “rancheríos” y los pequeños productores rurales que aún teniendo tierra, tenían tan poca que no podían escapar al círculo de la pobreza,¹⁷

Gráfico 2. Población rural que vive en los establecimientos agropecuarios



Fuente: DIEA, censos agropecuarios.

17 Piñeiro y Moraes, 2008.

Del mismo modo, por esa misma época en algunos paisajes de la agricultura industrial protegida las condiciones de vida de los nuevos asalariados rurales estaban muy lejos de la prosperidad que se asocia con el Uruguay de Maracaná. Es que los trabajadores rurales habían sido excluidos de la regulación laboral de orientación laborista que caracterizó los diferentes batllismos del siglo XX. Debido a la oposición militante de las gremiales empresariales el trabajo rural no estaba comprendido en la legislación de la jornada laboral de ocho horas que regía desde 1915 para los trabajadores urbanos, y tampoco estaba incluido en la regulación de las relaciones entre patronos y empleados que estableció los Consejos de Salarios en 1943. El trabajo rural se rigió durante todo el siglo XX por un Estatuto del Trabajador Rural de 1946, reformado en 1978 durante la dictadura militar. Los trabajadores rurales no tuvieron ninguna participación en la elaboración de estas normas, que en ambos casos contaron con la activa participación de la Asociación Rural y la Federación Rural. Cuando después de haber sido suspendidos en 1968, los Consejos de Salarios fueron re-establecidos en 1985, la convocatoria del primer gobierno democrático a integrar los consejos de salarios rurales chocó con la oposición de las organizaciones patronales, y naufragó.

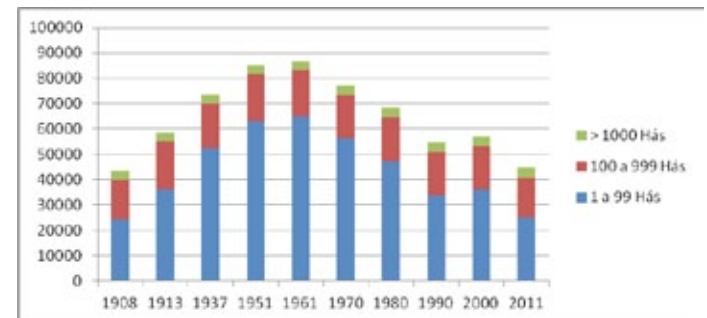
Después de la Segunda Guerra Mundial, en un contexto político singular dentro y fuera del país, las luchas sociales de algunos de los sectores asalariados del campo diversificaron las relaciones tradicionales entre el capital y el trabajo en el medio rural, dando lugar en algunos casos a experiencias resonantes de organización sindical y política.¹⁸ Pero la tendencia

18 Y. González, *Los olvidados de la tierra*, 1994.

general que mostraban las relaciones entre el capital y el trabajo en el campo uruguayo del siglo XX era la de una profunda quietud.

La estratificación social en los diferentes mundos rurales también dio lugar a la existencia de una clase media rural que al cabo de la centuria conoció momentos de prosperidad y crisis. Una aproximación imperfecta a la estructura social del campo se obtiene a través de los datos sobre el tamaño de los predios.


Gráfico 3. Cantidad de establecimientos rurales por estrato de tamaño



Fuentes: Datos de 1908 a 2000 en Piñeiro (2011) y datos de 2011 en DIEA (2013)

La superficie de los predios no puede asociarse de manera lineal con el nivel de ingreso de los establecimientos, puesto que el ingreso depende en último término de la rentabilidad del rubro productivo, un factor donde intervienen de manera crucial otros elementos además del tamaño. En efecto, no todos los productores “grandes” son prósperos ni todos los productores “chicos” son pobres: una

explotación de cincuenta hectáreas puede ser muy grande en un paisaje de viñas y totalmente insignificante en un paisaje ganadero extensivo. Pero en términos generales la disminución de explotaciones menores entre 1970 y 1990, pausada en la década final del siglo y retomada después, se asocia con una crisis de la agricultura familiar que afectó a diversos rubros productivos en el contexto de las políticas liberales de ese período.¹⁹

Al final del siglo XX un estudio oficial determinó que el 23% de los hogares de las áreas rurales estaba bajo la línea de pobreza, contra el 12% en las áreas urbanas. La proporción de hogares pobres aumentaba al 25% en las localidades entre 900 y 5.000 habitantes, y en las localidades menores alcanzaba al 28%. El estudio también determinó que en los hogares donde había mayor presencia de trabajadores zafrales, más ingresos de origen agropecuario y mayor proporción de jefes de hogar jóvenes, la pobreza era más frecuente.²⁰ 

19 D. Piñeiro, *Formas de Resistencia de la Agricultura Familiar: el caso del N.E. de Canelones*, 1984, y *Tipos Sociales Agrarios y Racionalidad Productiva: un ensayo de interpretación*, 1994.

20 Véase: D. Piñeiro y M. I. Moraes, *Los cambios en la sociedad rural durante el siglo XX*, 2008.







Los mundos rurales actuales se parecen muy poco a sus predecesores. El campo uruguayo atraviesa una etapa de transformaciones tan radicales como las que eran visibles cien años atrás. El siglo XXI, igual que el XX, se inició en medio de una oleada de cambios tecnológicos y sociales que definen una especie de “segunda modernización rural” en la historia de la economía y la sociedad del país. Desde el punto de vista de la historia de los paisajes agrarios estas transformaciones están modificando paisajes viejos y creando nuevos.

El *paisaje ganadero tradicional* está sometido a fuertes modificaciones. En primer lugar disminuye su base sistémica, el campo natural, ante el avance de rubros agrarios “nuevos” que compiten por el uso del suelo. En segundo lugar, el paisaje ganadero actual ha visto disminuida su condición “mixta” por un prolongado proceso de des-ovinización que se produjo desde 1990, y en tal sentido se ha vuelto un paisaje

predominantemente bovino. Para tener una idea de la pérdida de importancia numérica del rubro ovino es interesante saber que la relación ovino/bovino en la composición del rodeo animal del país cuando comenzó el siglo XXI era más baja que la de 1860.²¹ Sin embargo, la des-ovinización de fines del siglo XX no vino de la mano de una mayor extensividad en el uso de la pradera, sino que, por el contrario, se acompaña de un proceso de intensificación. Los mejoramientos forrajeros en 2011 cubrían una superficie del orden de los 2,3 millones de hectáreas, un millón más que la superficie alcanzada en 1990.²² Desde fines del siglo XX la producción uruguayana de carne bovina se ha reinsertado en mercados mundiales muy exigentes y de altos precios, factor que ha contribuido a

21 Los datos precisos pueden verse en M. I. Moraes, *La producción de lanas en el Uruguay contemporáneo: una visión de largo plazo*, 2003.

22 Ministerio de Ganadería, Agricultura y Pesca-DIEA, *Anuario*, Montevideo, MGAP, 2011, pp. 72.

promover cambios cualitativos de importancia en el producto final.

Dentro del paisaje ganadero es destacable la transformación de la lechería, cuyos sistemas de alimentación del ganado, así como de producción, conservación y traslado de leche a las plantas industriales, han presentado notables cambios tecnológicos en los últimos treinta años así como también mejoras en la productividad del subsector. La lechería es por lejos la actividad ganadera que hace un uso más intensivo del suelo: más de la mitad de la superficie forrajera mejorada del país es de uso lechero, y según algunos analistas, la insuficiencia de tierras para esta actividad pone un incentivo adicional a la intensificación de la producción.²³ A modo de balance provisional sobre unos cambios que están en curso, puede decirse que al comenzar la segunda década del siglo XXI es indudable que el Uruguay rural actual sigue teniendo un paisaje ganadero de incuestionable presencia a lo largo y a lo ancho del territorio. Pero ya no se trata de un paisaje que denuncia el uso extensivo del suelo; la nueva ganadería bovina se parece cada vez menos a sus antecesoras del pasado.

Los paisajes agrícolas, por su parte, son el escenario mayor de los cambios recientes. El vertiginoso desarrollo de los cultivos de secano, empujado por la soja, descuello en el conjunto. Debido a la expansión de los cultivos de trigo, maíz, girasol y soja que tiene lugar desde los primeros años del siglo, el espacio agrícola extensivo del sur-oeste del país se ha convertido en una suerte de núcleo central de un viejo y nuevo mundo agrícola que se prolonga por el Litoral hacia el norte, en combinación con el engorde ganadero.

23 D. Martino, y M. Methol, *Cambios en el uso de la tierra*

Este nuevo espacio no solo es más grande que a fines del siglo XX, es también un paisaje que forma parte de un inmenso espacio productor de alimentos de proporciones sub-continenciales (junto a buena parte de Argentina, Paraguay y el sur de Brasil), fuertemente integrado a unos mercados mundiales de granos en estruendosa expansión desde hace una década, entre otras razones gracias a la difusión de la siembra directa, el ingreso de la soja y el maíz genéticamente modificados, el impulso de la demanda china y la globalización financiera. Salvando muchas distancias, esta realidad del nuevo siglo evoca la situación original, cuando los paisajes agrarios misionero y montevideano formaban parte de un mosaico integrado de paisajes de escala regional. El paisaje de la nueva agricultura uruguaya no se recorta por los contornos nacionales: funciona a escala regional y global.

Pero el de la producción cerealera ya no es un mundo de modestos agricultores que producen granos para el mercado doméstico o como mucho regional; es más bien un nuevo universo donde emergen nuevos agentes, nuevas formas de emplear los recursos y nuevas formas de hacer negocios, bajo tres consignas: mayor internacionalización, mayor flexibilidad, mayor intensidad en el uso de los recursos. Bajo diversas formas jurídicas agrupamientos transnacionales de inversores arriendan las tierras, financian y controlan el proceso productivo, pero no lo ejecutan directamente. Una diversidad de nuevas formas de “contratismo” definen nuevas formas de organización de la producción caracterizadas por la flexibilidad a todo lo largo de los eslabones. Una característica singular de la nueva agricultura es que coloca fuertes presiones sobre los recursos naturales,

La ganadería extensiva en retirada: ¿sueño cumplido o amenaza?

Estudios recientes sobre la sustentabilidad de la ganadería de la región basáltica han hecho una constatación sorprendente: la ganadería más tradicional enfrenta una amenaza social que no proviene de fuera sino de adentro del establecimiento: los dueños de los predios envejecen y no tienen asegurado el recambio generacional. Un estudio longitudinal sobre un conjunto de explotaciones ganaderas de la región basáltica entre 1994 y 2008 reveló que las explotaciones que habían sobrevivido a los cambiantes quince años transcurridos enfrentaban serios problemas de continuidad:

“Las explotaciones que perduraron se muestran afectadas por la presencia de factores sociales tales como: la edad de los titulares y la ausencia de sucesores. En muchas de ellas, a los sucesores no les interesa el proyecto de explotación, tienen miradas muy diferentes de cómo llevar adelante la explotación ganadera, y esto seguramente influirá en su evolución (...). Una de las cualidades globales necesarias para la continuidad de una explotación es ser transmisible en términos de sucesión generacional ya que las características que asume la ganadería a tiempo parcial apuntan hacia una creciente pérdida de identidad entre familia y explotación. Las explotaciones ganaderas están influidas por actividades extra prediales de base ganadera, aun cuando la actividad ganadera continúa siendo la principal fuente de ingresos para los titulares. Simultáneamente, la reducción de actividades ex-

tra prediales estuvo asociada con un claro proceso de envejecimiento de los titulares. Para la mayoría de los casos, los hijos de los titulares no participan en el proyecto de explotación, y sus ingresos tienen origen fuera de ella”¹.

Un estudio etnográfico de la cultura ganadera del norte del país mostró lo que parece ser una lucha entre la tendencia a la disolución de los modos de vida tradicionalmente asociados a la ganadería extensiva y su afirmación. Por un lado:

“La Fiesta de la Patria Gaucha, que se organiza en el departamento de Tacuarembó, desde 1987 ha puesto en vida la ganadería gaucha y al ser gaucho como articulador de varias significaciones (masculinidad, tradición, mestizaje, destrezas, sacrificio, austeridad, gesta nacional, entre otras) que signan el modo de vida de la ganadería extensiva nacional. La fiesta tiene varias instancias y espacios diferenciados; en unos el peón de campo es el protagonista de contiendas de destreza campera; por otro lado, en la apertura de la fiesta se presenta un ritual de orden y jerarquía en la que participan el gobierno local, la iglesia y los organizadores de la fiesta. En la noche, la familia rural celebra entera en torno a las

1 I. Malaquín, P. Waquil, H. Morales, *Sustentabilidad social de explotaciones ganaderas. El caso de la región del basalto - Uruguay*, Agrociencia Uruguay - Volumen 16 No.1, enero/junio 2012, pp.198-202

comidas tradicionales y el canto de las guitarras, bailando polcas, expresando y haciendo existir un magma interior (tal es el título de un libro sobre la Fiesta de la Patria Gaucha del antropólogo Álvaro De Giorgi publicado en el año 2000) que pulsa desde hace más de cien años”.²

Por otro lado la investigación recoge innumerables muestras de la crisis de los modos de vida tradicionales, en especial entre los jóvenes. Además de mostrar escenas donde los peones de las estancias vuelven al pueblo en moto al cabo de la jornada para dormir en su casa como un trabajador urbano, y de escenificar con claridad la presencia ubicua de ese medio de transporte, se transcriben las voces de los protagonistas. Así, se presenta entre muchas otras la perspectiva de un hombre de 40 años, habitante de la zona estudiada, sobre los jóvenes:

“La gente joven yo no sé si tiene mucho futuro en quedarse, prueba está que no se está quedando hasta ahora... A mí me decían que faltaba la luz, después me decían que faltaba Internet y que faltaba el liceo, y aquí en esta zona [ahora] hay todo y los gurises se van... pa'donde, no me preguntes porque no sé, ¡pero que se van se van! Vienen de vuelta y te dicen: ‘No, allá se vive mucho mejor’. No sé lo que es vivir mucho mejor. Porque no han hecho capital ni nada, pero vivir viven mejor en una ciudad porque tienen diversión, porque

tienen...yo qué sé, para la juventud tienen todo, y entonces el mundo de la juventud rural no la veo, no la veo con mucho futuro. Me parece que vamos a terminar tipo los australianos, que el tipo vive en la ciudad y viene a trabajar en el día y se va a dormir en la ciudad, es un país tan chico que perfectamente...”³

Pero otra voz le hace contrapunto desde el mismo estudio. Un varón adulto comenta:

“yo creo que es otra cosa que hay que cambiar de los hijos, no porque el padre tiene campo...tiene que estudiar veterinaria o agronomía, él está estudiando algo que le abra la cabeza...”⁴

En este contexto, resulta significativo el encuentro de la tradición con la defensa de la biodiversidad a escala global en algunos discursos de valorización del mundo ganadero-extensivo. Un hombre de la zona del basalto argumenta:

“es que cuando arás o hechás herbicida o algo de eso en el campo, es como si voltearas un pedazo de la selva. Cambiás para un proceso que para recuperar lleva mucho. ¿Sabés por qué lo comparo con la selva? Porque todos los días escuchás: ‘paren con la selva, no volteen más la selva’, pero este ecosistema es tan valioso para el planeta como la selva y aparte produce alimento y no sé por qué nadie

² F. De Torres, *Guardianes de la pradera*, 2012.

³ *Ibíd.*

⁴ *Ibíd.*

dice ‘no aren más, no volteen, no apliquen más herbicida, no roten, no planten más eucaliptos’...no sé por qué, no existe esa conciencia de que estamos en un ecosistema único en el mundo.”⁵

Y otro enfatiza:

“No roturaría por respeto a mis mayores y a mí mismo, yo fui formado en una familia de gente que conservó, que trató de conservar los recursos naturales, protegerlos y potenciarlos si se podía, pero nunca destruir un recurso natural por un bien material, hoy tenemos el problema de la minería, que están todos los campos, un área grande del país esta pedida, hay una ley que permite a la minería, a las empresas mineras hacer cateos a ver si encuentran minerales.”⁶

Durante muchos años el sentido común de la academia y de algunos sectores políticos vio en la ganadería extensiva una fuente de muchos males, entre los cuales listaba la despoblación rural, el atraso tecnológico de los predios, relaciones laborales signadas por el paternalismo, formas diversas de conservadurismo social y político. No pocas políticas y muchos discursos fueron formulados a lo largo del siglo XX para ponerle coto a una “civilización ganadera” que parecía imponerse como una maldición de largo plazo. Actualmente la amenaza de extinción de la ganadería extensiva revela no solo la puesta en cuestión de modos de vida que estuvieron indisolublemente atados a ella. La llegada al campo uruguayo de la agricul-

5 Ibíd.

6 Ibíd.

tura intensiva, la forestación, la flexibilidad laboral y los agronegocios se presentan como una solución inesperada y quizás indeseada, al viejo sueño de unas élites urbanas que durante la mayor parte del siglo XX quisieron ver el fin de la estancia y los estancieros.

Carlos Contrera



con peligro para el medio ambiente en el mediano y largo plazo.

El mundo de los cultivos agro-industriales tradicionales (el arroz y los cultivos azucareros) resulta menos protagónico en comparación con el de los cereales, pero no ha estado inmóvil. El arroz, tras consolidarse como un rubro exportable de primera importancia durante la última década del siglo XX, define un paisaje estable en áreas del este y el norte del país, donde los cambios técnicos incesantes dan lugar a rendimientos muy altos y a desarrollos empresariales dinámicos con gran pujanza exportadora. En cambio los cultivos azucareros amagaron desaparecer en el marco de las políticas de apertura de las últimas décadas del siglo XX. El cultivo de remolacha fue abandonado y con ella murió un mundo rural de pequeños productores del sur del país que había crecido al calor de las anteriores políticas de protección industrial. El cultivo de caña de azúcar, localizado en el extremo norte del territorio nacional, siguió el mismo camino un poco después. Desde 2005 las nuevas políticas industriales orientadas a la producción de biocombustibles impulsadas por ANCAP permitieron revertir un camino de extinción que parecía inexorable.

Por último, un nuevo paisaje ha ido cobrando forma en torno al desarrollo forestal que comenzó en el marco de la regulación promotora de la actividad aprobada a partir de 1987. Dado que el desarrollo forestal se hizo mediante la implantación de especies exóticas maderables en áreas de campo natural declaradas de interés, este paisaje fue el primero que disputó territorio a la ganadería extensiva más tradicional. La superficie destinada a bosques

artificiales pasó de menos de 50 mil hectáreas en 1990 a más de 900 mil en 2007.²⁴ Se trata de una actividad orientada a la producción de madera para aserrío y chapas, pero sobre todo para pulpa de papel. El paisaje forestal nació transnacional: atrajo inversores del mundo financiero desde el principio, y a partir de que los bosques iniciales alcanzaron su madurez, atrajo también al capital industrial extranjero que se instaló en el país a partir de 2006 para procesar pasta de celulosa. El arribo de estas plantas en la primera década del siglo XXI puede considerarse un hito en la historia de los cambios rurales recientes, porque dio lugar a una discusión donde asomaron conflictos y problemas completamente novedosos: la dimensión ambiental de los cambios, que por primera vez en la historia del país saltó al primer plano de la agenda; sus impactos sociales y económicos a escala local, pero también sus impactos en las políticas de relaciones exteriores de los países de la región. Todos estos asuntos han dado lugar a una polémica sobre el modelo de desarrollo rural, que está en curso.

Los cambios mencionados transcurren sobre una sociedad rural que, tras restringir su tamaño de manera paulatina, se ha estabilizado en torno a los 200.000 habitantes como se vio en el gráfico 2.²⁵ Las transformaciones sociales provocadas por los cambios recientes se conocen todavía de manera tentativa.

24 *Ibíd.* pp. 87. Ministerio de Ganadería, Agricultura y Pesca - DIEA, Anuario pp. 140.

25 El Instituto Nacional de Estadística, que como se dijo antes contabiliza la población rural con un criterio diferente al de los censos agropecuarios, indica que según el censo 2011 la población rural alcanzaba la suma total de 175.613 habitantes. Ver: <http://www.ine.gub.uy/censos2011/index.html>

Han sido destacadas diversas transformaciones en el mundo del trabajo rural.

Por un lado, los trabajadores rurales en el nuevo siglo tienden a vivir en pequeños pueblos y ciudades del interior: en el censo agropecuario de 1996 ya se advertía que el 38% de los trabajadores rurales tenía residencia urbana, y que en algunos departamentos como Salto y Paysandú más de la mitad de los trabajadores que realizan faenas rurales residían en medios urbanos.²⁶ Además existen indicios de que cada vez es más frecuente en la población activa rural el empleo en actividades no agrarias, si bien el fenómeno adopta dimensiones muy diferentes según el territorio. Se ha dicho que esta pluriactividad creciente de los hogares rurales define una nueva interacción y punto de contacto entre lo rural y lo urbano.²⁷

Por otro lado, los crecientes niveles de flexibilidad que presenta el mercado de trabajo rural en las condiciones actuales han tendido a segmentarlo y a acentuar las diferencias entre trabajadores estables y eventuales. Diversos estudios sobre los trabajadores eventuales –la esquila, la recolección de citrus, las tareas estacionales de la forestación– muestran un panorama caracterizado por la movilidad espacial, la pluriactividad y la precariedad laboral:

“(…) Una de las características de los asalariados temporales es que durante el ciclo anual de trabajo y según los empleos que conforman el mismo, se movilizan por diferentes territorios. La movilidad espacial responde fundamentalmente a los requerimientos cíclicos de

trabajadores de las diferentes regiones productivas; por ejemplo, en el este del país, la demanda otoñal de trabajadores para la “contrata del arroz” en los molinos arroceros, la demanda en primavera para la zafra de esquila, la demanda estival de trabajadores para realizar trabajos en el sector servicios durante la temporada turística. Así pues, el trabajador temporal conforma el ciclo anual de trabajo integrando diferentes empleos durante el año laboral.(…) El estudio realizado sugiere que la satisfacción con el trabajo e incluso con los ingresos que perciben durante el ciclo anual de trabajo, se minimizaría frente a la insatisfacción social que genera la movilidad espacial asociada al ciclo anual de trabajo temporal”.²⁸

En consonancia con las nuevas formas de organización flexible de la producción agraria tienden a generalizarse ciertas formas de tercerización del empleo. El desarrollo forestal configura un caso típico:

“(…) La tercerización de las tareas delegándolas en la figura de un contratista es extendida y de carácter estructural al negocio forestal (...). En la fase actual, la actividad de cosecha forestal por medio de cuadrillas organizadas por un contratista, se encuentra en casi todo el territorio nacional, aunque con distinta intensidad y antigüedad en las diferentes zonas del país ya que en función de la implantación y desarrollo de la actividad forestal, hay zonas del país en las que esta actividad tiene mayor antigüedad (el litoral) y en otras donde incipientemente se está desarrollando (centro-este).”²⁹

26 D. Piñeiro y M. I. Moraes, *Los cambios en la sociedad rural durante el siglo XX*, 2008.

27 A. Riella y P. Marcheroni, *Una nueva mirada sobre los territorios rurales: trabajo no agrícola y pluriactividad en el Uruguay rural*, 2007.

28 M. Carámbula Pareja, “Relaciones entre movilidad espacial y precariedad laboral de los esquiladores de Villa Sara, Departamento de Treinta y Tres”, en S. Aparicio, G. Neiman., y D. Piñeiro, *Trabajo y trabajadores en el agro rioplatense. Nuevos temas y perspectivas*, 2010, pp. 85-124.

29 E. Fernández Rondoni, “El contratista forestal, ¿viejas formas



© Carlos Contrera



Finalmente, los estudiosos del tema han hecho notar que la demanda de mano de obra de los rubros nuevos, como la soja y la forestación, han presionado sobre el mercado de trabajo ganadero, compitiendo por una oferta de trabajo que en algunos casos resultó escasa. En cierta forma esta competencia traduce una confrontación entre nuevas y viejas formas de trabajo rural: de un lado los nuevos empleos caracterizados por la flexibilidad y la movilidad, y del otro el modelo tradicional del trabajo rural en la estancia ganadera del siglo XX. Un estudio comparativo de estas dos situaciones sugiere que los nuevos empleos rurales presentan características mejores que los de la ganadería tradicional en materia de formalidad, calificación y remuneraciones, y por lo tanto, pueden considerarse empleos de mejor calidad que los de la ganadería tradicional. No obstante, son también empleos que presentan mayor zafralidad.³⁰

La institucionalidad que regula el mercado de trabajo también ha experimentado cambios notables. A partir de 2005 los trabajadores rurales fueron incorporados al régimen de Consejos de Salarios, donde están representados por la UNATRA, organización sindical creada en 2004 y que forma parte de la central sindical de trabajadores. Una investigación reciente identificó –a partir de analizar las tres primeras rondas de la negociación colectiva entre patrones y empleados rurales transcurridas entre

de trabajo en nuevas actividades?”, en S. Aparicio, G. Neiman, G. y D. Piñeiro, *Trabajo y trabajadores en el agro rioplatense. Nuevos temas y perspectivas*, 2010, pp. 145-160.

³⁰ A. Riella y J. Ramírez, *El trabajo rural en la ganadería y en la forestación*, 2009, y A. Riella, “La calidad del empleo en la ganadería uruguaya. Un estudio de caso”, en *Agrociencia Uruguay*, vol. 16, No.1, Montevideo, 2012.

2005-2008– avances significativos de la ciudadanía social de los trabajadores del sector. Además del reconocimiento social y político de acceder a mecanismos de negociación colectiva que los trabajadores urbanos habían conquistado mucho tiempo atrás, los trabajadores del campo obtuvieron en las tres primeras rondas los siguientes logros materiales: aumento del salario mínimo, incrementos salariales para diferentes categorías ocupacionales, mayor formalización del empleo, y una ley de fuero sindical que por primera vez garantizó los derechos de afiliación y de actividad sindical entre los trabajadores rurales.³¹ En el marco de este proceso se aprobó en 2008 la ley que establece las ocho horas de jornada laboral en el medio rural, sin duda un cambio histórico que señala, entre muchos otros significados políticos, hasta qué punto van perdiendo significación las antiguas diferencias entre lo urbano y lo rural.

Por último, los estudios recientes sobre la pobreza rural han reportado que con distintas mediciones se constata una marcada disminución de la cantidad de pobres. Un estudio concluye que:

“En el último lustro, el efecto del fuerte crecimiento del sector agropecuario y de las políticas públicas de redistribución impulsadas por el gobierno, parece haber incidido en la disminución de la incidencia de la pobreza en el medio rural. Esta constatación se mantiene más allá de la metodología utilizada para su medición, es decir, la pobreza disminuye tanto en función de la determi-

³¹ P. Mascheroni, “Negociación colectiva y desarrollo ciudadano en el campo uruguayo”, en: S. Aparicio, G. Neiman, y D. Piñeiro, *Trabajo y trabajadores en el agro rioplatense. Nuevos temas y perspectivas*, 2010, pp. 241-261.

Cuadro 1. La pobreza en el Uruguay rural reciente

Porcentaje de personas por debajo de la línea de pobreza (LP 2002)			
Área	2006	2009	Diferencia
Rural disperso	27.2	17.7	-9.5
Pob. < 5000 hab.	29.4	21.4	-8.0
Porcentaje de personas por debajo de la línea de pobreza (LP 2006)			
Área	2006	2009	Diferencia
Total país	34.4	20.9	-13.5
Pob. < 5000 hab.	45.6	25.4	-20.2
Rural disperso	23.5	9.6	-13.9

Fuente: Riella, A. (2010). *La evolución reciente de la pobreza rural en Uruguay. LP (2002) y LP (2006) son diferentes líneas de pobreza oportunamente establecidas por el INE.*

nación de un umbral de ingresos mínimos (metodología de la Línea de Pobreza) como de la consideración de un conjunto de carencias críticas (Necesidades Básicas Insatisfechas)³².

La información cuantitativa que avala esta afirmación se organiza en el Cuadro 1.

El cuadro permite establecer que con ambas líneas de pobreza se constatan caídas de la pobreza rural que van desde los 8 puntos porcentuales en su cota menor (el caso de los pobres que propiamente viven en el campo, medido con la LP de 2002) hasta los 20 puntos porcentuales en su cota mayor (el caso de la población que vive en centros urbanos de menos de 5.000 habitantes, medido con la LP de 2006). También se ha reducido la cantidad de hogares que tienen carencias críticas en el medio rural, como muestra el cuadro 2.

Cuadro 2. Porcentaje de hogares con necesidades básicas insatisfechas (NBI) en el medio rural

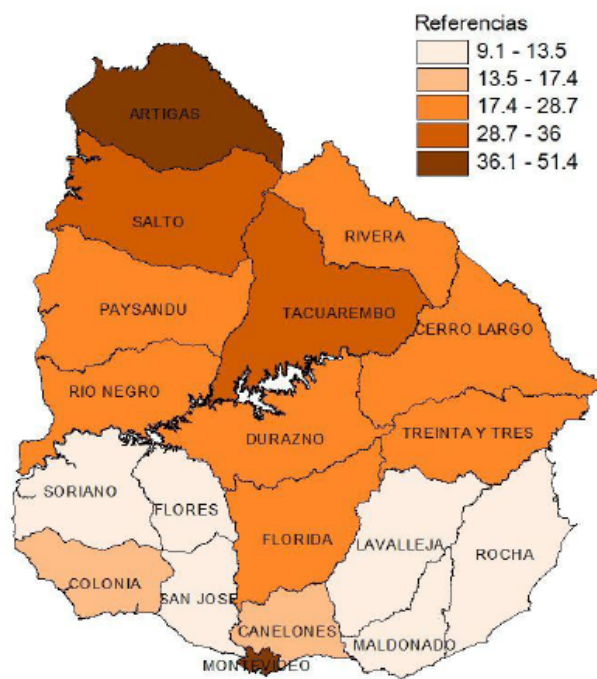
	al menos 1 NBI	al menos 2 NBI
1998	44.5	21.3
2008	31.4	12.9
Diferencia	-13.1	-8.4

Fuente: Riella, A. (2010), *La evolución reciente de la pobreza rural en Uruguay.*

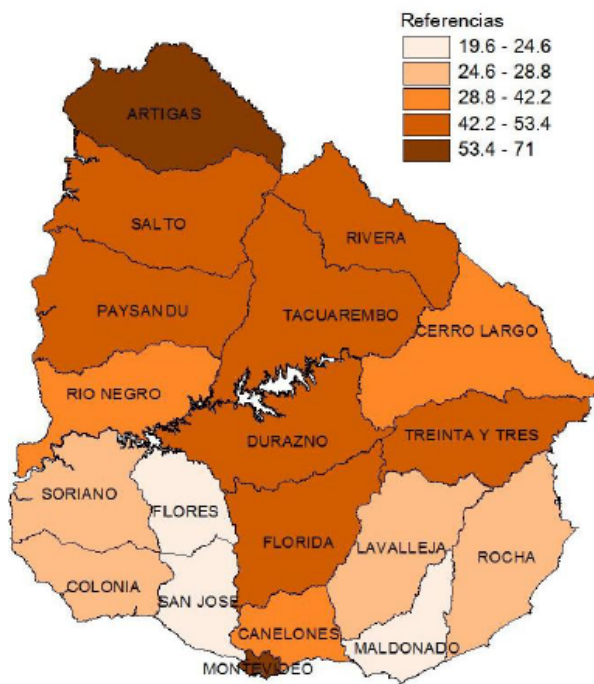
32 A. Riella, *La evolución reciente de la pobreza rural en Uruguay*, 2010.

Mapa 3. Distribución geográfica de la pobreza rural y de la pobreza infantil rural en 2008

Mapa 1 – Porcentaje de pobreza rural, 2008.
(PERSONAS)



Mapa 2- Porcentaje de pobreza infantil rural, 2008.
(PERSONAS)



Fuente: Riella, A. ob. cit. (Elaborado con la LP 2002).

26.000 viviendas rurales en todo el territorio nacional, con un aumento importante de su actividad a partir de 1985.

La acción de MEVIR modificó los paisajes agrarios del país en dos sentidos. Por un lado contribuyó a erradicar eficazmente los rancheríos, que de ser un componente “natural” del medio rural pasó a ser una rareza. Por otro lado homogeneizó el paisaje: los núcleos habitacionales de MEVIR, construidos todos con un mismo modelo arquitectónico, generalmente pintados de blanco, han pasado a ser un elemento recurrente del paisaje a lo largo y ancho del país rural.

Entre 1962 y 1996 se produjo una disminución de los ranchos con paredes de tierra o adobe de 30% a 6%. En el último censo del siglo XX (1996) se comprobó que las viviendas de mampostería (en sus distintos tipos) representaron el 90% de las viviendas rurales y que el 74% de las ubicadas en áreas dispersas disponían de energía eléctrica; una proporción similar disponía de agua potable. En pequeños poblados rurales las proporciones eran todavía mejores.³⁴

Entre las transformaciones recientes más destacadas debe citarse la introducción de la telefonía móvil y de internet en el medio rural. Un estudio sobre el tema señala:

“Para las zonas rurales la llegada de la telefonía móvil ha significado una disminución en la brecha de acceso a las telecomunicaciones que históricamente se mantenía con respecto al medio urbano. La red de telefonía

móvil ha brindado acceso básico a la información y la comunicación a zonas rurales que antes no contaban con acceso a telefonía fija. Para Uruguay es interesante considerar no solo el uso de teléfonos celulares y SMS, que es quizás la aplicación más universal y que se ha utilizado en casos de mucho éxito en otros países y regiones del mundo. Otros dispositivos, servicios y formas de conectarse pueden aprovecharse (teléfonos inteligentes, GPS, etc.). La banda ancha móvil, por ejemplo, promete acercar Internet a los espacios donde el ADSL había sido hasta ahora inviable. Si se cuenta el aporte del Plan Ceibal, Uruguay es quizás el país latinoamericano con mayor acceso a tecnologías móviles, lo que también ha mejorado el acceso de los hogares rurales a internet”.³⁵

En nuestros días la brecha digital subsiste, aunque tiende a disminuir de manera acelerada. Según datos de la Encuesta Continua de Hogares 2010, entre 2009 y 2010 el uso de teléfonos celulares aumentó más rápidamente en las localidades pequeñas y las zonas rurales que en Montevideo (Cuadro 3). En 2010 el 65% de la población rural y de las pequeñas localidades del interior del país (descontados los menores de seis años) utilizaba un celular, cifra que si bien es menor que la del país urbano, muestra un alto grado de acceso a esta tecnología.

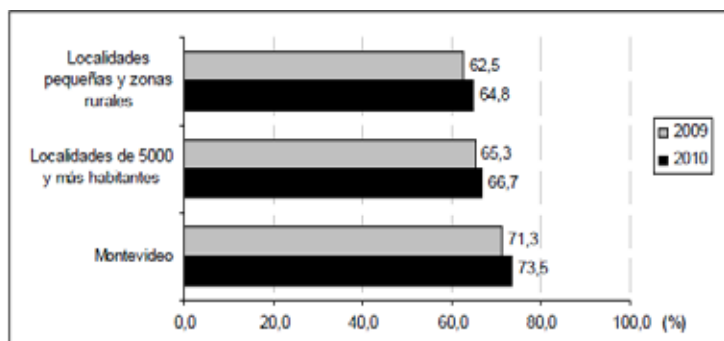
Algo similar puede decirse en relación con el uso de computadoras y el acceso a internet. La brecha entre el mundo urbano y el mundo rural es más grande en relación con estas tecnologías, pero también sucede que su uso está aumentando rápidamente en

34 D. Piñeiro y M. I. Moraes, *Los cambios en la sociedad rural durante el siglo XX*, 2008.

35 M. Fosati, *Telefonía móvil para el medio rural en Uruguay*.



Cuadro 3. Evolución de tenencia de teléfono celular en personas de 6 años o más según región (en porcentajes)



Fuente: INE-ECH; pág. 91.

las localidades pequeñas y en las zonas rurales, como muestra el Cuadro 4.

La brecha digital –agrega esa fuente informativa– es más una brecha de ingresos antes que geográfica. Las diferencias son mayores entre quintiles de ingreso que entre regiones del país.³⁶

Esta situación ha dado lugar a sistemas nuevos de intercambio de información entre algunos de los actores organizados de la actividad agropecuaria. Por ejemplo, el Instituto Nacional de Carnes puso en marcha un Sistema de Información Electrónico de la Industria Cárnica basado en un portal web y el uso del SMS:

“Con este sistema, INAC envía todos los lunes, a los productores que han registrado su celular ante el organismo, la información del promedio del rendimiento a nivel nacional de las categorías novillos, vacas y vaquillonas de

la semana anterior. El productor recibe la información de manera personalizada a las 24 horas de la faena y semanalmente le llega un boletín con el promedio de rendimiento nacional. Esta información puede ser ampliada en la web, donde es posible encontrar información estadística más completa (precios, exportaciones, etc.) y acceder a la información de las tropas del productor mediante el número de DICOSE y una contraseña personal. El sistema es gratuito para el productor. Se espera en el futuro enviar datos sobre precios, e incluso un cálculo estimado de cuánto debió cobrar el productor por la faena (con el rendimiento y el precio promedio por kilo).³⁷

CONAPROLE también se vale de un portal web para instrumentar el intercambio de información con los remitentes de leche:

³⁶ Instituto Nacional de Estadística, *Principales resultados 2010. Encuesta Continua de Hogares*.

³⁷ M. Fosati, *Telefonía móvil para el medio rural en Uruguay*.

Cuadro 4. Personas mayores de 6 años que utilizan PC e Internet según región, en porcentajes

	Utilizan PC 2009	Utilizan PC 2010	Utilizan Internet 2009	Utilizan Internet 2010
Total	48.9	51.6	41.8	46.4
Montevideo	55.4	60.7	49.3	56.2
Localidades de 5000 y más habitantes	47.3	49.8	40.1	44.3
Localidades pequeñas y zonas rurales	33.4	37.2	23.3	30.9

Fuente: INE-ECH; pág. 96.

“Actualmente el Portal Lechero de Conaprole ofrece acceso a información a través de Internet y SMS brindando a los socios cooperarios información sobre sus remisiones, calidad de leche suministrada, saldos a cobrar, detalle de liquidaciones y compras realizadas. Los productores reciben alertas relacionadas con los análisis de calidad de la leche que realiza el laboratorio de la cooperativa, que envía avisos inmediatos al detectar problemas en la leche remitida para que el productor pueda tomar rápidas medidas. También se le envía al productor información sobre cambios en pagos y vencimientos, ofertas para la compra de insumos estratégicos e información sobre las actividades de Conaprole.”³⁸

Finalmente, el Mercado Modelo y la Dirección Nacional de la Granja implementaron un sistema similar: los productores interesados pueden recibir dos veces por semana, por SMS o por *mail* un informe donde se consignan los precios de cierre de todos los rubros. La información también se cuelga en el sitio web del Mercado.³⁹

38 *Ibíd.*

39 *Ibíd.*

Aunque no se han manejado cifras que permitan evaluar la cobertura de estos servicios, su presencia constituye un indicador de la generalización de las nuevas tecnologías en la gestión de los establecimientos rurales. El estudio citado enfatiza el futuro de amplio desarrollo que podrán tener estos nuevos sistemas, y sus posibilidades:

“Si todos los agentes de las cadenas agrícolas cuentan con información precisa, contextualizada y en tiempo real, podrían pensarse proyectos que apuesten al fortalecimiento de la seguridad alimentaria: con alertas tempranas se podrían disminuir los riesgos que plantea el cambio climático; con información de mercado en tiempo real se podría experimentar una disminución de costos de transacción en las cadenas agrícolas. El desafío está no sólo en buscar innovaciones tecnológicas, sino, y especialmente, en más capacitación para que las herramientas disponibles se usen más y lleguen a más productores en el medio rural.”⁴⁰

40 *Ibíd.*







Los mundos rurales están siendo reconfigurados de manera radical. Los cambios en el mundo del trabajo rural, la mejora en los niveles de vida, la accesibilidad a la tecnologías digitales de la información, sumados a la disminución de la población que vive en el campo, obligan a revisar los significados tradicionales de la dicotomía rural–urbano.

Los mundos rurales más antiguos estaban imbricados con la vida urbana, tanto los del Norte como los del Sur. El paisaje pastoril misionero era una especie de patio trasero de las Misiones Jesuíticas del Paraguay, cuyo hábitat eran “pequeñas” ciudades de entre 2.000 y 5.000 habitantes. El paisaje montevideano era el *hinterland* de una modestísima ciudad-fortaleza militar que dependía de sus chacras y estancias para alimentarse. Ambos eran mundos rurales pre-modernos y pre-capitalistas donde las diferencias entre la vida urbana y la vida rural eran mínimas tanto en lo material como en lo cultural.

Fue con el desarrollo capitalista iniciado a fines del siglo XIX que nacieron mundos rurales cuya existencia corría por carriles divergentes, o en el mejor de los casos, paralelos a los de la vida urbana. El hábitat urbano sufrió transformaciones específicas que lo diferenciaron radicalmente del campo, desde la iluminación a gas hasta el arribo de los inmigrantes europeos, que a diferencia del caso argentino, en Uruguay de manera predominante fueron a parar a la ciudad y no al campo. La modernización rural, que se dio en paralelo, contribuyó al contraste.

Productivo, alambrado y disciplinado, el campo que surgió de la modernización estaba menos poblado que antes y canalizaba el consumo suntuario hacia la ciudad. El Uruguay, que ya era predominantemente urbano en el 900, se hizo macrocéfalo durante el resto del siglo XX. Montevideo concentró la mitad de la población, la educación superior, el poder político y los medios de comunicación de

masas. Cuando en 1960 la izquierda revolucionaria uruguaya quiso imitar el modelo cubano tuvo que inventar la guerrilla urbana. La vida rural pasaba en otra parte, lejos de los hechos que marcaban el curso de la historia, encerrada en un silencio que duró todo el siglo XX.

En 1971 el poeta Ruben Lena dio a conocer una letra de canción que decía: “*El campo grande y solo/ viene llorando/ solo y difunto/ viene llorando/ solo y desnudo/.../ con silencios de verde/ desconsolado/ el campo grande y solo/ con sus candados...*”.⁴¹ El texto, incluido en el disco más urbano de Lena y de Los Olimareños, capta con exactitud y belleza una imagen posible de las tantas imágenes negativas que de la vida rural se tuvo en el siglo XX uruguayo: evoca superficies dilatadas, soledad, tristeza, encierro, muerte. Aunque “El campo grande” terminaba en un clímax que declaraba “*es necesaria/ es necesaria la reforma agraria*”, la potencia de la consigna revolucionaria, formulada de manera algo forzada en un único verso final, resulta pobre al lado de la riqueza estilística desplegada por el autor a lo largo de la letra para hacer sentir al lector/escucha el desconuelo irremediable de un campo vacío y solo.

Los nuevos significados de las nuevas ruralidades son un camino abierto a la exploración del conocimiento. Por el momento, puede decirse que los cambios productivos introducen nuevas regionalizaciones y formas de contacto de las actividades agrarias con las no –agrarias. Los cambios sociales por momentos parecen mostrar un avanzado proceso de “urbanización” de la sociedad rural: disminuye el número de trabajadores rurales que viven en el campo, aumenta el número de hogares rurales que se ocupa en actividades no–agrarias, se extienden a los trabajadores rurales los mismos derechos que ya tenían los trabajadores urbanos, los hábitos de consumo se parecen cada vez más a los de la vida urbana, la accesibilidad a la educación secundaria y terciaria es creciente, la mayoría de la población rural usa teléfonos celulares, los niveles de pobreza dejan de ser escandalosos. Esta eventual convergencia de los modos de vida evoca, si bien con diferencias obvias, la situación anterior a la modernización, cuando la vida urbana y la vida rural no eran demasiado diferentes, pero sobre todo, no transcurrían a diferentes velocidades. Lejos de ser el escenario de la quietud y la rutina se ha convertido en un espacio económico, social y simbólico de profundas mudanzas. Lo rural ya no es lo que era.



41 R. Lena, “El campo grande”, en Los Olimareños, *Todos detrás de momo*, Orfeo, Montevideo, 1971. (Track 8).



Bibliografía

- ÁLVAREZ LENZI, R., *Fundación de poblados en el Uruguay*, Instituto de Historia de la Arquitectura de la Universidad de la República, Montevideo, 1992.
- BIANGARDI, N., *Poblamiento, crecimiento económico y poderes locales en un área de la región Río de la Plata. Maldonado, 1755-814*, Universidad Tres de Febrero (Argentina). Tesis de Maestría en Historia, 2013
- CAMPAL, E. F., *La cruz y el lazo*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1994.
- CARBONELL DE MASY, R., **Estrategias de desarrollo rural en los pueblos guaraníes (1609-1767)**. Antoni Bosch, Barcelona, 1992.
- CARÁMBULA PAREJA, M (2010), *Relaciones entre movilidad espacial y precariedad laboral de los esquiladores de Villa Sara, Departamento de Treinta y Tres*, en: Aparicio, S; Neiman, G. y Piñeiro, D; **Trabajo y trabajadores en el agro rioplatense. Nuevos temas y perspectivas.**, . Letraeña Ediciones, Montevideo, 2010, pp. 85-124.
- CHIARINO, J. V. y SARALEGUI, M., **Detrás de la ciudad. Ensayo de síntesis de los olvidados problemas campesinos**, Impresora Uruguaya S.A, Montevideo, 1944.
- DE TORRES, Fernanda. *Guardianes de la pradera*; Tesis de Maestría de la Facultad de Ciencias Sociales, Montevideo, UdelaR, 2013
- FERNÁNDEZ RONDONI, E., *El contratista forestal, ¿vías formas de trabajo en nuevas actividades?*, en: Aparicio, S; Neiman, G. y Piñeiro, D; **Trabajo y trabajadores en el agro rioplatense. Nuevos temas y perspectivas**, Letraeña, Montevideo, 2010, pp.145-160.
- FERRÉS, C., **Época Colonial. La Compañía de Jesús en Montevideo**. Montevideo, 1975.
- FOSATI, M (2010). *Telefonía móvil para el medio rural en Uruguay*. En: <http://www.iica.int/Esp/regiones/sur/uruguay/Documentos%20de%20la%20Oficina/CoyunturaAgropecuaria/coy-diciembre2010.pdf>. Consultado el 19/06/2013.
- FREGA, A., *Historia regional e independencia de la Banda Oriental del Uruguay*. en **Configuraciones estatales, regiones y sociedades locales, siglos XIX-XX**. J. C. Garavaglia y C. Contente, Barcelona, Edicions Bellatera, Barcelona, 2011, pp. 29-56.
- FURLONG, G.. **Cartografía jesuítica del Río de la Plata**, Talleres S. A. Casa Jacobo Peuser, 1936.
- GARAVAGLIA, J. C. Las actividades agropecuarias en el marco de la vida económica del pueblo de indios de Nuestra Señora de los Santos Reyes Magos de Yapeyú: 1768-1806., en **Haciendas, latifundios y plantaciones en América Latina**. E. Florescano. Siglo XXI, México, 1975.
- GONZALEZ, Y., **Los olvidados de la tierra**. Fundación Friedrich Ebert y Editorial Nordan, Montevideo, 1994.
- GUDYNAS, E. *La riqueza de la naturaleza, en Uruguay: tierra de encuentros*, Ministerio de Vivienda Ordenamiento Territorial y Medio Ambiente de la Rep. Oriental del Uruguay. Montevideo, Pressur Corp. S. A, 2008, pp. 16-51.
- Instituto Nacional de Estadística, *Principales resultados 2010. Encuesta Continua de Hogares*.
- LEVINTON, N. "Las estancias de Nuestra Señora de los Reyes de Yapeyú: tenencia de la tierra por uso cotidiano, acuerdo interétnico y derecho natural (Misiones jesuíticas del Paraguay)." *Revista Complutense de Historia de América*, No.31, 2005. pp. 33-51.

- MAEDER, E. (1990). “La producción ganadera en Misiones en la época post-jesuítica (1768–1810).” *Folia Histórica del Nordeste*, Vol. 9, 1990, pp. 55–105.
- **Misiones del Paraguay: conflicto y disolución de la sociedad guaraní (1768-1850)**, MAPFRE, Madrid, 1992.
- MARTÍNEZ DE PISÓN, E., *Reflexiones sobre el paisaje, en Estudios sobre la historia del paisaje español*, N. Ortega, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2002, pp.13–24.
- MARTINO, D. y METHOL, M., “Cambios en el uso de la tierra”, en *GeoUruguay*, Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente; Centro Latinoamericano de Ecología Social y Dirección Nacional de Medio Ambiente, Montevideo, 2008, pp. 56–117.
- MASCHERONI, P., *Negociación colectiva y desarrollo ciudadano en el campo uruguayo*, en: Aparicio, S; Neiman, G. y Piñeiro, D; Trabajo y trabajadores en el agro rioplatense. Nuevos temas y perspectivas, Letraeñe, Montevideo, 2010, pp. 241–261
- MEYNIER, A., *Les paysages agraires*, Armand Colin, París, 1962.
- MILLOT, J. y BERTINO, M., *Historia económica del Uruguay (Tomo II)*, Fundación de Cultura Universitaria, Montevideo, 1991.
- Ministerio de Ganadería, Agricultura y Pesca-DIEA, *Anuario*, MGAP, Montevideo, 2011.
- MIÑARRO, F., MARTÍNEZ, U. et al., *Rio de la Plata Grasslands or Pampas & Campos (Argentina, Uruguay and Brazil)*. The World Temperate Grasslands Conservation Initiative Workshop. A. Michelson. Hohhot, China, 2008. pp. 24–33.
- MORAES, M. I. (2003). *La producción de lanas en el Uruguay contemporáneo: una visión de largo plazo*. Los esquiladores. Pasado y presente de un oficio rural, D. Piñeiro., Secretariado Uruguayo de la Lana, Montevideo, 2003, pp. 35–68.
- “Crecimiento del Litoral rioplatense colonial y decadencia de la economía misionera: un análisis desde la ganadería.” *Investigaciones de Historia Económica* 3(9), 2007, pp. 11–44.
- *Dos paisajes agrarios no pampeanos del período colonial: misioneros y montevidianos*, en Frega, A. História, Regiões e Fronteiras, Editora FACOS-UF-SM, Santa María (RGS), 2012a.
- *El paisaje agrario montevidiano en la segunda mitad del siglo XVIII: una caracterización de sus sistemas agrícolas y ganaderos*. III Congreso Latinoamericano de Historia Económica. Bariloche, Argentina, 2012b.
- y STALLA, N., *Antes y después de 1810: escenarios en la historia de las exportaciones rioplatenses de cueros desde 1760 hasta 1860*, Sociedad Española de Historia Agraria, 2012.
- PIÑEIRO, D., *Formas de Resistencia de la Agricultura Familiar: el caso del N.E. de Canelones*. Banda Oriental, Montevideo, 1984.
- *Tipos Sociales Agrarios y Racionalidad Productiva: un ensayo de interpretación*. Dep. de Ciencias Sociales. Facultad de Agronomía. Montevideo. Universidad de la República, Montevideo, 1994.
- “El caso de Uruguay”, informe elaborado para FAO sobre procesos de concentración de la tierra en América Latina, 2011, en: <http://www.rlc.fao.org/fileadmin/content/events/semtierras/acaparamiento.pdf>. pp. 515–551.
- y MORAES, M. I., ‘Los cambios en la sociedad rural durante el siglo XX’, en *El Uruguay del Siglo XX: La sociedad*, Banda Oriental, Montevideo, 2008, pp. 105–136.

- POENITZ, E., *Los guaraníes de las misiones en la formación social y política de Entre Ríos*. V Jornadas Internacionales Misiones Jesuíticas, Montevideo, 1994.
- POLLERO, R. y VICARIO, C. *Una puesta al día en la cuantificación de la región platense*. 5^{as} Jornadas de Historia Económica. Montevideo, Asociación Uruguaya de Historia Económica, Montevideo, 2011.
- REVELLO, J. T., *Yapeyú: Ensayo Histórico* Ministerio de Educación y Justicia de la República Argentina, 1958)
- RIELLA, A. “La evolución reciente de la pobreza rural en Uruguay”, en *Coyuntura agropecuaria*, IICA, Montevideo, 2010.
- “La calidad del empleo en la ganadería uruguaya. Un estudio de caso”, en *Agrociencia Uruguay*, Volumen 16, N° 1, Montevideo, 2012, pp. 186–197.
- y MASCHERONI, P., *Una nueva mirada sobre los territorios rurales: trabajo no agrícola y pluriactividad en el Uruguay rural*, en Chiappe, M.; Carámbula, M. y Fernández, E. El sector agropecuario en el Uruguay. Una mirada desde la Sociología Rural, Facultad de Agronomía, Montevideo, 2007.
- y RAMÍREZ, J., “El trabajo rural en la ganadería y en la forestación”, en *Uruguay desde la Sociología VII*, Facultad de Ciencias Sociales, Montevideo, 2009, pp. 217–245.
- SARREAL, J. *Globalization and the guarani: from missions to modernization in the Eighteenth Century*. Department of History. Cambridge, Harvard. Tesis de Doctorado en Historia, 2009.
- “Disorder, Wild Cattle, and a New Role for the Missions: The Banda Oriental, 1776–1786”. *The Americas* 67, 2011, pp. 517–545.
- SILVERA, L., *MEVIR y la vivienda rural en el Uruguay: los desafíos del presente*; en: <http://www.iica.org.uy/images/stories/PDF/coy-agost2010.pdf>
- SOARES DE LIMA, C. La patria misionera. La civilización jesuítico-guaraní y su influencia en el pensamiento artiguista, Linardi y Risso, Montevideo, 2007.
- VADELL, N. A. La estancia de Yapeyú: sus orígenes y antecedentes y la existencia de misiones de ese pueblo en la Banda Oriental, Buenos Aires, 1950.







Cuántos y cómo somos / Juan José Calvo e Ignacio Pardo

Mujeres / Mónica Cardoso

Letras / Alfredo Alzugarat

Movimientos sociales / Rodolfo Porrini

Música / Rubén Olivera y Coriún Aharonián

Fútbol y otros deportes / Ricardo Piñeyrúa

Artes visuales / Gabriel Peluffo

Uruguay en el mundo actual / Gabriel Oddone

Costas / Daniel Conde

Ciencia y tecnología / Judith Sutz

Carnaval y otras fiestas / Milita Alfaro y Antonio di Candia

Migraciones / Adela Pellegrino

Cine y medios masivos / Rosalba Oxandabarat y Gabriel Kaplún

Vivienda / Jack Couriel y Jorge Menéndez

Turismo / Carlos Peña

● **Mundos rurales** / María Inés Moraes

Salud / Miguel Fernández Galeano y Wilson Benia

Educación / Gerardo Caetano y Gustavo De Armas

Teatro y danza / Roger Mirza y Silvana Silveira

Iguales y diferentes / Wanda Cabella y Mathías Nathan

El agro / Eduardo Errea y Gonzalo Souto

Industria / Raúl Jacob

Sociedad urbana / Fernando Filgueira y Fernando Errandonea

Derechos Humanos / Fernando Ordoñez

